

Oizquel de 4 a 5 de la tarde

*Historia fabulada
del número 23*

JULIO CÉSAR TOVAR

Vizquel de 4 a 5 de la tarde

Historia fabulada del número 23

© Fundación para la Comunicación Popular de CCS

© Julio César Tovar

A/J Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

V/A María Elisa Domínguez

Secretaria para la Cultura, el Deporte y la Recreación

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Coordinación General

Francis Zambrano Espinoza

Edición al cuidado de

Julio Barazarte

Diseño y diagramación

Freddy La Rosa

Corrección

Edison E. Morales P.

ISBN: 978-980-7719-15-5

Depósito legal: DC2023000986

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático.

Oizquel
de 4 a 5 de la tarde
Historia fabulada
del número 23

Julio César Tovar

Caracas, Venezuela
Agosto 2023





DEDICATORIA

A este libro lo inspiró el amor por el deporte, en general, y, en particular, al béisbol. Realmente fueron muchas las satisfacciones, principalmente las espirituales y las del alma, las que vivió Julio César en su relación con el deporte, como atleta, pero, principalmente como entrenador y periodista. Al deporte, infinitas gracias.

Luego lo inspiró la familia, el dar el ejemplo a la familia... a la consanguínea, a la afín y a la adoptada, sincero agradecimiento.

Por supuesto, gracias a los amigos, quienes para Julio César llegaron a ser quereres tan cercanos como la familia, especialmente los que pusieron su granito en esta publicación, Rubén, Orángel y Julio Barazarte.

Finalmente, nuestro agradecimiento a la Fundación para la Comunicación Popular CCS, a su presidenta Mercedes Chacín, quien específicamente indicó que además de la publicación del libro, este texto incluyera un homenaje a su autor, y al Banco Central de Venezuela (BCV), sin cuyo apoyo no se hubiese materializado este sueño.



PRESENTACIÓN

Mi papá me enseñó a amar el beisbol; prácticamente crecí en el estadio de la Ciudad Universitaria de Caracas, quería ser la Mari Montes ¹⁾, pero de los Tiburones de La Guaira ²⁾. Ese es un lugar familiar para mí y también para mi hermana Fel. Cuando estábamos pequeñas, mi papá nos llevaba al estadio mientras él trabajaba. Yo podía quedarme tranquila mirando todo el encuentro; mi hermana, un poco más inquieta, se paseaba a las carreras por todo el Universitario ³⁾. A veces, mientras él se iba a hacer entrevistas, me dejaba con algún pelotero amigo; Urbano Lugo Jr. ⁴⁾ era uno de ellos, lo recuerdo con mucho cariño; pero también sus colegas periodistas lo apoyaban en nuestro cuidado; como Alvis Cedeño ⁵⁾, quien recuerdo que incluso un día me llevó a mi casa. Sin duda, el beisbol forma parte de nuestra historia. Oswaldo Guillen ⁶⁾ es otro entrañable amigo, a quien aprendimos a querer y lo seguíamos durante toda su carrera, adonde Ozzie estuviese en Grandes Ligas era seguir ese equipo hasta el final de la temporada. Cuando a Ozzie le tocó pilotar a los White Sox ⁷⁾ solo tenía ojos para ese equipo; finalmente no solo era como un hermano para mi papá, sino que también era de los Tiburones de La Guaira, nuestro equipo amado.

Nunca olvidaré cuando estaban pasando por televisión un juego de Los Dodgers⁽⁸⁾ contra los Mets⁽⁹⁾ y voltee a preguntar a mi papá, casi indignada, ¿por qué estás viendo eso? Yo soy fanático del beisbol –me respondió–. Desde ese día entendí el verdadero significado de la pasión por el deporte, su pasión por los deportes. Esta pasión por cualquier deporte le permitía hablar con propiedad porque era un estudioso, pero además admiraba y respetaba a cada uno de los deportistas.

A Omar Vizquel lo admiró, lo honró, lo quiso mucho; hablaba maravillas de aquel pelotero que pertenecía a uno de los equipos rivales del nuestro.

Omar Vizquel aprendió a jugar a la pelota desde pequeño en un campo lleno de piedras; de familia magallanera⁽¹⁰⁾, a los 16 años se convirtió en la joven promesa de los Leones del Caracas⁽¹¹⁾ y casi paralelamente de los Marineros de Seattle⁽¹²⁾.

En el Universitario, cuando alguien lo vio, se atrevió a llamarlo “jockey” por su baja estatura, pero no contaban con que de niño le habían dicho “para la pelota de cualquier manera posible”. Entonces uno podía ver al “jockey” dando unos brincos inmensos en el shortstop⁽¹³⁾ para que nada pasara por ahí mientras él estuviese. Demostrándonos que, para el beisbol, como para cualquier cosa en la vida, es más que tener talento, “hay que ajustarse”.

Eso vio mi papá en él; las increíbles jugadas que Kike⁽¹⁴⁾ hacía desde el campocorto con la misma ligereza como cuando baila salsa, la misma pasión con la que toca los bongós, los saltos de dos metros como para encestar en básquet como cuando jugaba en el

liceo Francisco Espejo⁽¹⁵⁾, pero además con la alegría que lo caracteriza nada más de verlo con sus camisas estampadas de muchos colores.

Mi papá admiraba mucho al 11 veces Guante de Oro, tanto que hubo una convocatoria para un concurso de escritura y decidió participar ¿el protagonista de la historia? Omar Vizquel.

Una historia fabulada donde vemos a un Little O⁽¹⁶⁾ lleno de magia, de esa magia que él nos regalaba de verdad en cada jugada.

Su escrito no ganó dicho concurso, pero a mi papá le gustó mucho y lo guardó con la esperanza de poder algún día publicarlo. Nota aparte; mi papá siempre usaba el seudónimo de Camila Parra Tovar, el nombre de su nieta, mi hija, cuando escribía algo que no sacaría a la luz de inmediato; esta vez no fue la excepción.

Cuando mi padre falleció, estando en su funeral se me acercó mucha gente, mi papá era muy querido y respetado. Lo que más admiro de mi padre es esa capacidad que tenía de hacer amigos, no existe persona en el mundo del deporte o del periodismo que no me haya dicho palabras hermosas para él; muestras de cariño, innumerables. –No llegué a ser Mari Montes, pero hoy sí puedo decir que es mi tía amada, y que la voz oficial de los Tiburones es mi amigo querido Atilano Hidalgo Peña⁽¹⁷⁾.

Una de las personas quien se me aproximó aquel día fue una chica, conmovida hasta las lágrimas y no solo me habló maravillas de él, sino que me recordó, en medio de este dolor tan profundo: “Tú papá me compartió el libro de Vizquel, hay que publicarlo,

es necesario".“ Él así lo hubiese querido, pero además es hermoso” –concluyó–. Yadira, mi agradecimiento inmenso porque me impulsaste a retomar este proyecto. A Orángel Balza porque me ha hecho una de las preguntas que más me ha movido cuando me invitó al bautizo de su libro en Chicago, y yo le respondí que estaba muy complicado asistir para mí: ¿Qué te detiene? –preguntó enfáticamente–; y desde entonces siempre ha estado para mí de alguna u otra manera apoyándome en mis ideas, asesor infaltable.

Gracias en parte a ellos van a poder disfrutar de este libro fantástico que tienen en sus manos donde nos muestran humanidad principalmente; así era mi papá, humano. Le pregunté al hoy exaltado al Salón de la Fama del Atletismo⁽¹⁸⁾ en Venezuela: Julio César Tovar, ¿cuál es el mejor consejo que me puedes dar para la vida? “Sé gente” –respondió sin vacilar–. Me costó un poco digerir esa respuesta, pero estoy segura de que a ustedes les será más fácil con Omar de 4 a 5 de la tarde. Omar de Verdad, una historia fabulada.

Liliver Tovar Luna

- (1) Periodista deportiva venezolana, voz oficial de los Leones del Caracas por más de 20 años.
- (2) Equipo de la Liga Venezolana de Beisbol.
- (3) Como también se le conoce al estadio de beisbol de la Ciudad Universitaria de Caracas.
- (4) Exgrandeligas venezolano. Lanzador derecho.
- (5) Locutor y periodista deportivo venezolano.

- (6) Exgrandeligas venezolano, mánager y gerente del beisbol profesional.
- (7) Equipo de Grandes Ligas con sede en Chicago.
- (8) Equipo de Grandes Ligas con sede en Los Ángeles.
- (9) Equipo de Grandes Ligas con sede en el distrito Queens de la ciudad de Nueva York.
- (10) Como se les llama a los fanáticos del equipo de beisbol venezolano Navegantes del Magallanes.
- (11) Equipo de la Liga Venezolana de Beisbol.
- (12) Equipo de Grandes Ligas con sede en Seattle.
- (13) Es la posición de fildeo del beisbol entre la segunda y la tercera base.
- (14) Cómo se le dice cariñosamente a Omar Vizquel.
- (15) Unidad Educativa ubicada en la ciudad de Caracas donde Omar Vizquel estudió secundaria.
- (16) Uno de los apodos para referirse a Omar Vizquel.
- (17) Periodista deportivo y voz oficial de los Tiburones de La Guaira.
- (18) Julio César Tovar fue exaltado al Salón de la Fama del Atletismo en Venezuela en 2019.



PRESENTACIÓN

Desde cuando estaba chica veo la escritura como un escape y un lugar seguro al cual recurrir cuando las emociones me desbordan, considero que un poco tiene que ver con la influencia de mi abuelo en mi vida.

Recuerdo que cuando estaba en primaria abrieron un concurso de escritura en mi colegio, yo no quería participar por miedo, pero él me dijo: “Yo sé que tú puedes. Yo te ayudo”.

Teníamos claro qué queríamos decir, pero habían demasiadas ideas que desbordaban la mesa; usamos ese espacio como protesta y redactamos acerca del cambio climático y su efecto en nuestra vida diaria.

Pasamos tardes enteras escribiendo, borrando y reescribiendo; me entretuve tanto que llegué a olvidar que era para un concurso. El día de la entrega decidí dedicarle esa novela sin que él supiera, se enteró cuando nos devolvieron los trabajos.

Tiempo después, me enteré de que él había usado mi nombre como seudónimo para un concurso, recuerdo sentirme halagada, pero sobre todo me preguntaba ¿por qué yo? Podría haber usado el nombre de alguna de sus hijas, pero usó el mío.

Estaré eternamente agradecida por el amor que recibí de su parte, fue mi mejor amigo y el mejor abrazador del universo entero. A veces, cuando lo extraño mucho, uso una chaqueta de jean y me imagino sus abrazos.

Camila Parra Tovar

BIOGRAFÍA



JULIO CÉSAR TOVAR PEÑALOZA

Escribir acerca de Julio César Tovar es un placer y un privilegio, pues él fue mi gran entrenador, padre y amigo. Quien me dejó una huella imborrable como persona y profesional del entrenamiento deportivo. Su calidad como persona iba más allá de sí mismo y nos motivaba (a sus atletas) a ser mejores personas, de una manera muy jovial y amigable, pero a la vez muy precisa y especial.

Este insigne entrenador y periodista deportivo nace en Caracas el 26 de octubre de 1952, hijo de Verónica Peñaloza de Tovar y José Tovar. Se cría en Catia La Mar, antiguo estado Vargas, hoy estado La Guaira, donde pasó gran parte de su infancia y adolescencia. Cursó sus estudios primarios en la escuela Dr. Alfredo Machado, en Catia La Mar. Se gradúa de bachiller en el liceo José María Vargas.



Siempre respetó mucho a los deportistas.

Por esta época practicó atletismo en la especialidad de semifondo en la prueba de 3.000 m con obstáculo donde, a pesar de no haberlo practicado por mucho tiempo, tuvo destacadas actuaciones. De ahí nace su amor por el Atletismo.

Siguió estudios en el Colegio de Entrenadores Deportivos de Venezuela, donde se gradúa en la especialidad de Atletismo, en Caracas, en 1973. Se especializó en las pruebas combinadas (Decatlón y Heptatlón) en un curso de alto nivel de la IAAF en Ciudad de México, en 1977, especialidades que le apasionaban y en las que obtuvo grandes resultados con sus deportistas, en especial en el Decatlón. Siguió luego estudios de Comunicación Social en la Universidad Central de Venezuela, porque consideraba que era una profesión desde la cual podía seguir apoyando a su gran pasión que eran los deportes.

Casado en dos ocasiones, producto de estas uniones nacen sus cuatro hermosas hijas. Con Elba Luna Herrera tuvo a sus dos hijas mayores, Lilver Tovar Luna y a Felmar Bishop (de soltera Tovar Luna). Con Francis Zambrano a sus dos hijas menores, Vanessa Tovar Zambrano y Verónica Tovar Zambrano. Así mismo tuvo dos lindos nietos, Camila Parra Tovar y Marcelo Parra Tovar.

Compaginó perfectamente la actividad deportiva con el trabajo de Periodismo Deportivo, donde fue un pionero en cubrir la noticia deportiva en el sitio de los acontecimientos. Eso para él era de vital importancia, pues siempre comentaba que el periodista debía compartir con los atletas para conocer no solo lo que hacían en el campo deportivo, sino que además era importante conocer sus motivaciones y vivencias. Las principales fuentes desde las cuales apoyó al deporte fueron, entre otras, el beisbol, el baloncesto y el atletismo, donde además se mantenía como entrenador. Constantemente participaba en cursos relacionados con lo deportivo (que los hacía para favorecer, además, su labor como redactor deportivo), tanto en Venezuela, como en México y Argentina.

Con el Comité Olímpico Internacional realizó cursos para capacitarse como juez de Atletismo, participó en el Congreso Suramericano de Deporte Militar, se capacitó en Estructura y Planificación del Entrenamiento Deportivo, asistió a diversas conferencias deportivas en el Colegio de Entrenadores Deportivos de Venezuela y se instruyó también en baloncesto, entre otras disciplinas deportivas.

Trabajó como entrenador de Atletismo en el Distrito Federal (hoy Distrito Capital) y el estado Miranda, así como en la Universidad Simón Bolívar y la Escuela Naval de Venezuela. Llegó a ser entrena-



En sus ratos libres se dedicaba de lleno a la música.

dor de la selección del Distrito Federal y del Equipo Nacional de Atletismo de Venezuela, en Campeonatos Suramericanos y Centroamericanos. También fue entrenador de Pentatlón Militar, en la Escuela Naval de Venezuela.

En el campo periodístico, laboró como redactor de deportes en el *Diario de Caracas* (1981/1993) donde mantuvo semanalmente una columna llamada "Sobre la valla", que se convirtió en un ícono para el Atletismo venezolano durante más de una década. En ese diario cubrió las fuentes de equitación, baloncesto y el beisbol profesional de Venezuela y del Caribe, así como el de la Mayor League Baseball. También fue redactor de la página web de la Liga Venezolana de Beisbol Profesional (LVBP), redactor y productor de Deportes de Televen (entre 1993 y 1994), redactor de deportes del diario *El Impulso* de Lara, redactor/editor de deportes de *El Universal*, redactor de deportes del diario *Tal Cual*, redactor de deportes de la Agencia

Bolivariana de Noticias (luego Agencia Venezolana de Noticias), así como productor y conductor de programa deportivo en AN Radio. Finalizó su trabajo periodístico cubriendo deportes en *El Universal* y como corresponsal del *Diario del Orinoco*.

Para Julio César el contacto permanente con los deportistas fue altamente gratificante, pues cultivó grandes amistades con glorias del deporte nacional como, por ejemplo, Ramón “El malososo” Montezuma, William Wyke, Gustavo Polidor, Oswaldo Guillén, Luis Salazar, Andrés Galarraga, Norman Carrasco, Omar “Kike” Vizquel, Víctor David Díaz, Marisela Díaz, Brígido Iriarte, Víctor Davalillo y César Tovar, entre muchos más.

Uno de los momentos de mayor alegría para Julio César en el campo laboral fue en el año de 1990, cuando el equipo de los Leones del Caracas, campeón de la temporada 89/90, lo invitó y lo llevó como corresponsal del equipo a la Serie del Caribe celebrada en Miami, Florida. Para él esto era como un sueño hecho realidad, estar en un evento tan importante y de tanta trascendencia para el periodismo deportivo. Eso lo regocijó y lo hizo escribir con mucha devoción y placer, tanto, que duró varios días conversando de los acontecimientos vividos con sus colegas y los peloteros.

Tenía una gran capacidad, retentiva y de redacción de los acontecimientos deportivos. En una ocasión, estábamos en el Campeonato Centroamericano y del Caribe de Atletismo, celebrado en la ciudad de San Juan de Puerto Rico, en 1989, yo participaba como decatleta y él, siendo mi entrenador, iba como parte del cuerpo técnico de la



No solo fue amigo de deportistas, compartió mucho con Oscar D' León.

Selección de Venezuela. En ese evento, el atleta cubano Javier Sotomayor impuso récord mundial con un salto de 2,44 metros. Tres horas más tarde, luego de la cena, me comentó que quería conversar con Javier a quien yo ya conocía. Por lo que de manera informal estuvimos dialogando con el flamante recordman mundial de salto alto. Dicha conversación duró aproximadamente un par de horas, en las cuales Julio César no escribió una sola letra, no grabó nada. Lo sorprendente fue cuando, dos semanas después, se publicó un reportaje en toda la contraportada del *Diario de Caracas*, con una redacción impecable, sin omitir detalles y con una precisión que realmente me impactó y me dejó ver la grandeza y el compromiso profesional que tenía tanto para el deportista como para sus lectores. Tres años después, yo participé en un Campeonato Iberoamericano de Atletismo, celebrado en Sevilla, España, y él envió conmigo un ejemplar del periódico a Sotomayor, quien elogió la manera tan



Su contacto con los deportistas no era un trabajo, era su vida.

precisa de escribir de Julio César y expresó su claro agradecimiento por el gran detalle.

Entre sus hobbies, aparte de jugar beisbol y softball, le gustaba mucho la música, en especial la salsa. Estuvo en varios grupos como cantante. Siempre manifestaba que cantar era algo muy especial y relajante para él. Entre las agrupaciones en las que participó podemos nombrar los grupos musicales “La Nueva Inspiración”, “Estrellas”, “Observando la Salsa” y “Son Guánchez”, a la que pertenecía cuando cambió de plano.

Algo muy llamativo de su personalidad era que no le gustaba que lo premiaran, sin embargo obtuvo múltiples reconocimientos, entre los que podemos destacar, el Diploma por la Unión Deportiva Militar Suramericana, por su brillante actuación en el III Con-

greso Extraordinario de la UDMSA, y el IX Congreso Deportivo Suramericano de Cadetes. Reconocimiento como periodista por la Federación Venezolana de Ecuestre. Periodista del año de la Asociación de Natación de Distrito Federal, 1987. Periodista del año de la Asociación de Atletismo de Distrito Federal, 1989. Periodista del año de la Federación Venezolana de Baloncesto, 1998. Finalmente, fue exaltado al Salón de la Fama del Atletismo Venezolano, el 26 de marzo de 2019, *post mortem*.

Fue un gran entrenador en la especialidad de pruebas combinadas, donde logró más de 10 títulos nacionales en la especialidad de Decatlón. Fue el primer entrenador de Venezuela que tuvo dos decatletas con más de 7.000 puntos, Ramón Montezuma y mi persona.

Fue un periodista deportivo de gran experiencia y mucho nivel, reconocido por deportistas, asociaciones, federaciones y el público en general que diariamente leía sus escritos y columnas. Pero, más allá de todo esto, fue un buen padre, gran amigo y mejor persona. Pocas veces lo vi molesto y siempre tenía una sonrisa a flor de labio, con un gran espíritu de positividad ante cualquier adversidad. De verdad, un gran ejemplo para todos...

Rubén Herrada



CONTENIDO

Prólogo / **23**

Aquel enano de manos rápidas / **28**

Una eterna sonrisa / **38**

Demasiado arrecho / **40**

La amistad sí existe / **46**

Sin enemigos / **52**

Visto por Guillén / **62**

Aprender siempre / **66**

Año de estreno / **70**

Esa la vi yo / **76**

Elegancia / **80**

No todo es bueno / **82**

Se fue Gonzalo, llegó Omar / **94**

Dame el 23 / **98**

Qué mentira tan grande / **102**

Difícil llegar a Cooperstown / **108**

Seguridad a los diez años / **112**

Inmortal en Venezuela / **116**



PRÓLOGO

Hilvanar una prosa para expresar un sentimiento genuino y a la vez que sirva de antesala de este libro, escrito desde una inspiración mágica por un hermano presentado por el destino, podría resultar un enredo sin precedentes. Se anteponen el afecto y el amor germinado entre ambos, por encima del propósito de crear y compartir un prólogo.

Cuando recibí la noticia, por parte de su hija Lilver, de ser el escogido para asumir este desafío, me expresó que fue por decisión unánime. Toda su familia votó a mi favor. Escuchar ese veredicto me hizo sentir muy halagado, y a la vez inmerecido de este reconocimiento.

Julio César Tovar, “Mi negro”, como cariñosamente lo identificaba y llamaba, ha quedado impreso en mi corazón.

Confieso que junto a Julio viví experiencias repletas de alegría tanto en lo personal como en lo profesional. Fue un amigo leal, generoso, solidario e incondicional.

Julio César Tovar fue amigo de todos. Su carisma, su sonrisa y su empatía original eran una combinación perfecta para abonar el camino para entablar y establecer una relación sólida, sin ningún prejuicio de escala social ni fama del personaje.

Su aporte como periodista quedó registrado sobre miles de líneas impresas en varios rotativos de alto impacto mediático. La fuente de su preferencia fue la deportiva, amén de su capacidad de escribir sobre cualquier tópico y género literario.

Dentro de la fuente deportiva, la disciplina del beisbol era su pasión. La dominaba a placer y la ilustraba excepcionalmente. También dominaba como un verdadero experto el Atletismo, disciplina que además de reseñarlo, era un sobresaliente entrenador de pista y campo.

Tovar tenía una rigurosa capacidad para reseñar un encuentro de pelota. Como testigo de excepción les comparto que antes de que se colgara el out 27 en el Estadio Universitario, ya el 90% de la crónica sobre el encuentro estaba matizada. Eran como unas pinceladas continuas que iban dando forma al lienzo definitivo. Cada pieza era una obra incomparable. Un estilo singular.

El oficio del reportero de noticias es un desafío cotidiano. La calidad de su resultado dependerá de una inventiva suprema para aportar con características propias un contenido genuino, atractivo y de conexión emocional con sus lectores.

Julio ejerció y cumplió con una pauta fija por muchos años para cubrir las incidencias de la Liga Profesional de Beisbol de Venezuela. Asistía desde temprano al coso charaguamero para conversar entre colegas y peloteros. En la antesala al juego, pausadamente husmeaba por los rincones aledaños al diamante de juego. Tenía intenciones claras y precisas: aprehender algún dato de impacto durante las tertulias con sus colegas y, en particular, tener un con-

tacto directo con los uniformados, y de allí extraer algún elemento para ilustrar la crónica del evento.

Tal y como se los advertía al inicio, se me impondría el sentimiento sobre los comentarios de la obra. La obra por sí sola, es una analogía de lo que era Julio: Una obra especial.

En los párrafos anteriores claramente podemos entender las cualidades personales y sentimentales de Julio. Y, precisamente, ese perfil tan noble fue lo que le permitió cultivar relaciones de sólida amistad con un sinfín de peloteros, dirigentes, mánagers, dueños de equipos, y mencionó a dos jugadores: Oswaldo Guillén y Luis Salazar, entre otros. Otro vínculo, remarcado por siempre, fue el consolidado con Omar Vizquel. Precisamente una de las inspiraciones para plasmar sus sentimientos en esta obra. La otra musa fue Camila.

Al igual que Julio fui un privilegiado de ver a Omar Vizquel desde sus inicios en las praderas cortas, como dice mi amigo, el narrador de los Padres de San Diego, de origen mexicano, Eduardo Ortega. Desde que Héctor Rincones, titular del shortstop de los Leones del Caracas, hasta el día del debut de Omar, puedo asegurar que el autor de esta obra no perdió ni un solo juego de "Kike" vistiendo el uniforme rayado de los felinos.

Vuelvo y repito, su perfil le permitía acercarse y conversar con cualquiera.

En una oportunidad, durante una cobertura periodística de un juego en Caracas, me recomendó algo que, por más de 20 años consecutivos en mi trabajo como periodístico, practiqué con resultados

potentes. Y era solamente pedir para una entrevista con un profesional remarcando la expresión: por favor. Me pareció tan simple y luego tan potente que hasta el más elevado ego, se destraba con la frase.

Retomando el comentario sobre la inspiración de esta obra, Omar y Camila se conjugaron en un sentimiento que ha quedado impreso sobre estas hermosas líneas.

En esta obra, como bien ha descrito el autor como notas fabulosas, es una descripción literaria sin desperdicios. Es una conexión emocional reseñada en cada maravilla ejecutada por el enano de las manos rápidas, es en esencia demasiado afrecho.

Para mi programa en televisión *Perfil deportivo* tuve una entrevista con mi admirado amigo Carlos Hernández. Sí, el mismo niño galardonado como el más valioso del Mundialito de Beisbol Infantil, en 1977, junto a Omar Vizquel.

Esa entrevista la sostuve con Carlos a las puertas de su retiro de las Grandes Ligas. Una de sus expresiones me dejó marcado: “el beisbol no deja amigos”.

Resulta paradójico que Julio César remarca la amistad como un hecho posible, existente, y además sin enemigos.

Con este texto nos conectamos con sus vivencias, descritas con elegancia, desmintiendo algunos hechos y declarando la inmortalidad del perfil talentoso de Omar Enrique Vizquel.

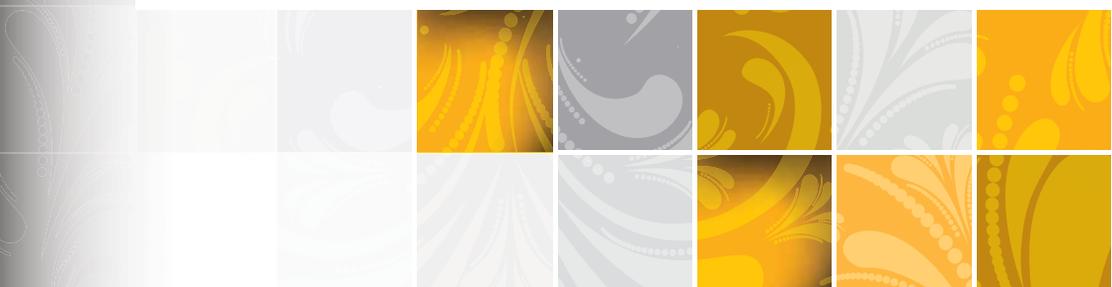
Este libro es una deuda honrada que hoy se hace posible. Gracias, Julio, por tu obra.

Es un tributo a ti mismo y a tus buenos sentimientos.

Aprecio tu afecto y, con el nudo en la garganta y mis ojos aguarapados, te escribo y manifiesto que te extraño todos los días de mi vida.

Dios nos reencontrará.

Orángel Balza Arévalo



Aquel enano de manos rápidas

Era un día cualquiera de la temporada de beisbol de 1984-85 y el calendario tenía programado el choque entre Tiburones de La Guaira y Leones del Caracas. Dos equipos con sede en el mismo escenario. Eran cerca de las 3 de la tarde cuando entré al Estadio Universitario, como lo hacía a diario. Siempre era una misma rutina, tomar un café en el kiosco de Sonia, saludar a la gente de prensa de los Leones y Tiburones, antes de bajar al terreno de juego.

Ahí nos encontrábamos y frecuentábamos comunicadores, periodistas, locutores, camarógrafos y demás trabajadores de los medios de comunicación, quienes poseíamos como fuente la pelota profesional en Venezuela; específicamente en el estadio de la UCV.

Las reglas de un librito que no existe, indican que en el beisbol rentado los equipos anfitriones toman su práctica de bateo en la primera ronda. Eso implica comenzar entre las tres y media a cuatro de la tarde. Aquella vez le correspondió al Caracas; si queríamos buscar noticias tempraneras, pues, esa era el momento como para conseguirlas.

En ese momento empezaban a salir de la cueva de cada equipo los protagonistas del desafío, entonces, según lo ordenado por nuestro jefe, nos poníamos de acuerdo para las conversaciones con los jugadores o técnicos para realizar los escritos posteriores.

Muchas veces nos daban enseguida los minutos que pedíamos; otras, nos citábamos para después de las prácticas de fildeo o bateo. Cierto es que se organizan tres o cuatro grupos para tomar las prácticas de bateo. En cada uno de ellos va inmersa la jerarquía, un novato no se da el lujo de batear en el mismo entrenamiento que los veteranos, con los estelares del equipo. El mánager hace la lista, la cual coloca en la jaula de bateo. Cada jugador observa cuándo le corresponde, y dependiendo de eso va al campo y toma sus prácticas con el madero.

De la misma manera se hace una rutina con los jugadores en el campo. Hay dos técnicos que entrenan a los jugadores en el infield. Uno, se coloca en la parte derecha y le da roletazos a quienes están a la izquierda; el otro, se coloca en la línea de la antesala y practica con los defensores de las almohadillas de segunda y primera bases.

En los jardines los jugadores fildean los batazos de quienes hacen la práctica. Al mismo tiempo observan si existe alguno con

defectos o tratan de pulir el trabajo. Un técnico apoya esa labor. Entonces uno puede ver dos o tres jugadores en la tercera. La misma cantidad en el short, segunda y primera bases.

En la jaula, los bateadores hacen la práctica del toque de bola en tres o cuatro lanzamientos y después el bateo es libre. Hay un técnico que realiza los lanzamientos, quizás hasta uno por cada dos grupos.

En temporadas anteriores, el grupo de periodistas que tenía como fuente la pelota profesional, podía acercarse a la jaula de bateo y observar las prácticas bien de cerca, siempre atentos a las pelotas que salían hacia atrás y no golpearan a los observadores.

Hoy día es un espacio de exclusividad para los técnicos de alta jerarquía, el mánager, el coach de bateo y quienes tienen responsabilidad de observar con detenimiento el desempeño de receptores, o buscan compartir detalles de los bateadores.

Cuando los comunicadores sociales –y los mirones de oficio– buscaban otro sitio para la tertulia, se colocaban uno al lado del otro, jamás le daban la espalda al campo, igualmente nunca se veía la cara del interlocutor, con el fin de ver las pelotas que pasaban de un lado a otro, ya sean conectadas, fildeadas o lanzadas mal.

Si alguien en la tribuna llamaba a un conocido o saludaba, el personaje no volteaba a ver quien le gritaba, se limitaba a levantar una de sus manos y daba el criollo y popular grito de “¡épale!”. Eran los tiempos de Carlos Tovar Bracho, Delio Amado León, Alfonso Saer, Musiú Lacavalerie, Carlos Castillo, Pepe Delgado Rivero.

Inclusive teníamos el lujo de conversar en el ínterin del entrenamiento con los peloteros de confianza quienes en ese momento hacían su labor. Eran otros tiempos. ¡Felicidad pura! Porque andábamos tranquilos por el terreno y nunca parecíamos fastidiar a los jugadores.

Ese día me coloqué detrás de la jaula de bateo apoyando la quijada en mis antebrazos sobre uno de los tubos. Recuerdo que a mi lado se ubicó Luis Salazar –él ahora leyenda de los Tiburones de La Guaira–, hablamos de cine, de televisión, de la familia, de sus hijos y los estudios; hasta que me preguntó: “¿Quién es aquel muchacho?”

Primera vez que lo veía, lucía diminuto, delgado, con rasgos cuadrados. Como decimos en Venezuela: “Le hacen falta unos cuantos bistecs”.

A primer examen uno observaba que era de baja estatura, con piernas cortas y arqueadas, pero cuando entró al campo lo hizo con los movimientos del novato, como si visitara por vez primera un terreno de pelota. Y es que cualquiera conoce a un principiante cuando entra al campo, es como ver un estudiante del primer año de alguna escuela militar. Cualquier cadete nuevo se reconoce enseguida, camina como nuevo, corre como nuevo, tiene cara de nuevo.

Así era aquel muchacho que Salazar me mostró, era simplemente un nuevo en el Caracas, parecía perdido mas no asustado, era un extraño para los demás jugadores, astros que pasaban a su lado sin saludarlo, ni una mirada. Un novicio más, pues.

Pero es que visto desde la jaula al infielder parecía todavía más pequeño; los brazos también eran cortos; la cara triangular que culminaba en una quijada fuerte. Eso sí, el rostro era simpático, y hoy en día lo sigue siendo. Su cara de niño atrajo y aún atrae a muchas de las fanáticas que eran y son asiduas al estadio. Mostraba todo el tiempo una boca diminuta y llena de pequeños y bien formados dientes.

“Tiene algo interesante y elegante en ese fildeo –dijo Salazar sin mirarme y a la vez invitando a observarlo con detenimiento–, las manos que tiene son rápidas y no se ve siquiera cuando toma la pelota y se la pasa a la mano derecha”.

Salazar recalcó que eran pocos los jugadores que poseen magia en las manos. “No hay que dejar de verlo, se nota que nació con ese detalle, que duerme con el guante debajo de la almohada”. ¿Quién será? – Se preguntó... me preguntó.

El entonces gerente de los Leones, jerarca indiscutible en ese momento del equipo, Óscar Prieto Párraga, observó de lejos nuestros movimientos y se acercó. “Se llama Omar Vizquel y viene de la Liga Instruccional”, –nos dijo de entrada.

De Prieto Párraga se dicen muchas cosas, pero lo más cerca del calificativo que se le puede colocar a él me lo dijo una vez el periodista Antonio Castillo, “es directo y frontal, con él no funcionan falsas poses y mucho menos la diplomacia”, –me comentó–. Y tenía razón.

Al mismo Castillo, Prieto Párraga le contó que en 1980 era primer vocal de los Leones, equipo que había acompañado desde

1952 cuando su padre se ligó a la novena; mientras tanto estudió odontología en la Universidad Central de Venezuela, trabajaba en un hospital, en una clínica y en la oficina de los felinos.

El 14 de noviembre de 1980 se encargó de los Leones del Caracas como gerente general. Posteriormente, en abril de 2001, el equipo fue vendido a la Organización Cisneros. En el acto de firma de documentos lo vi llorar, era amor lo que soltaban esos ojos. No sé si aún lo tiene. Ese mismo día Prieto Párraga fue nombrado asesor deportivo del conjunto de sus amores, por lo que siguió ligado al club. Es un hombre que conoce al dedillo esa divisa, y entonces cuando nos habló de Vizquel, pues, teníamos ante nosotros a una biblia de la organización.

Posteriormente lo investigué, Vizquel fue firmado como profesional en 1984. Ese año no jugó mucho en el exterior, pero luego en 1985 mostró en las ligas menores lo que sería su mejor arte: el guante. Fue asignado a la filial clase A de los Marineros y fildeó para promedio de .932.

Prieto Párraga aclaró que los Marineros tenían muy buen concepto de sus reflejos, de su fildeo, que debía mejorar la ofensiva, pero que éste sería su torpedero para los próximos años. Ciertamente el muchacho no estaba trabajando, más bien se divertía con lo que hacía. El guante era su cómplice. Tomaba las pelotas con la facilidad del veterano o, mejor dicho, de un mago que por momentos hace desaparecer lo que tiene y de pronto aparece en otro lado, la regresaba con velocidad a su mano derecha y reía complacido.

Jamás supe si se burlaba de quienes le veíamos, de los

fanáticos quienes empezaban a formarse un concepto de su fildeo, o si al contrario era para alimentar su personalidad. Eso se vio con el transcurrir de las campañas, se fortaleció para beneplácito de quienes nos convertimos en sus fans. Era verdad, después con el tiempo, disfruté mucho de esos momentos. Sus manos eran demasiado astutas, se veía que estaban alertas para cada batazo, para cada jugada. Parecía que junto a sus dientes, el guante y la mano derecha reían de los enemigos que tomaban turno en el home. Les aseguro que no eran burlas, era simplemente que Vizquel tiene esa personalidad con el fildeo.

Sus dedos se asemejaban a diez ganchos de una grúa, pero con mayor elegancia y elasticidad; dos manos, una cubierta de cuero, que mostraban autoridad y seguridad. Con el tiempo, viendo a Vizquel fildeando, me pregunto si ese afán por la perfección con el guante se debe a una necesidad infinita de complacer a los fanáticos, a sus familiares, a él mismo, o a los periodistas, o inclusive a la cantidad de chicas que le adoran por su físico.

Parecía que nunca quedaba satisfecho con lo que hacía en el campo, pero no frustrado, no se le notaba esfuerzo alguno, al contrario todo era fácil, pero cada vez quería hacer algo diferente, más espectacular. Cada pelota que llegaba a su guante –o a su mano derecha– eliminaba la belleza del anterior, que a su vez fue un estímulo para su ego y para quienes veíamos boquiabiertos su trabajo.

Apostaba, eso sí, a realizar uno mejor, de mayor riesgo cada vez. Juro que me lo pregunté muchas veces sentado a la orilla del dugout de los Leones del Caracas, en el palco de prensa o parado cerca del infielder del Universitario.

¿Esa magia de atrapar a los presentes era para satisfacer su personalidad o era para fabricar un sentimiento e intercambiar felicidades entre él y los demás para crear a su vez una complicidad tácita? ¿Para ganarse aplausos o un coro de asombro con un “cooooño”?

Jamás se lo pregunté, prefiero vivir con esa incógnita. Lo juro de nuevo. Mal perdedor. Muchas veces lo vi llegar al estadio con un jean acabado y una franela ceñida al cuerpo, sin aires de divo y mostrando los dientes a todo aquel que se le ponía enfrente. Jamás le vi signos de cansancio ni antes ni después del juego.

Una vez el técnico Flores Bolívar, a quien apodábamos “Millón” por su apellido, me dijo: “Él viene al estadio cada día con una sonrisa, no sé cómo puede. Si perdemos o ganamos pareciera pasar la página y enfocarse en lo que viene. Puedes asegurar que si fuera él me estuviera volviendo loco por cada derrota”.

Es cierto, es muy seguro, Vizquel puede estar en Barquisimeto, Maracaibo, Valencia, Maracay, Caracas, o en varias localidades en Estados Unidos, pero está ahí para ganar, es difícil encontrar a alguien que sea tan mal perdedor. No es que Vizquel deja de atender las derrotas, una cosa es segura, busca la victoria esté donde esté. Reitero, es mal perdedor, tiene una actitud fuerte frente a las derrotas. Claro, que jamás liga su vida personal con la pelota; pero trata, eso sí, de invertir los hechos de la derrota anterior con una victoria cuando comienza el siguiente juego.

Una vez en Barquisimeto, arropados por la majestuosidad del estadio Antonio Herrera Gutiérrez, un comentarista me dijo: “No sé qué

le pasa a Vizquel, anoche fueron derrotados y hoy amanece con una sonrisa de oreja a oreja”. De nada valieron mis argumentos al explicarle que es de esa clase de deportista y de persona que pasa la página y se enfoca en lo siguiente. “Es imposible, cada juego es importante”, –me replicaba–. Traté de argumentarle que esa actitud de Vizquel no son manías, sino es su manera de trabajar, de ver el mundo del diamante. Nunca lo entendí, y dejé la conversación de ese tamaño.

Muchas veces vi entrar a Vizquel al clubhouse y salir casi que inmediatamente vestido con el número 23 en su franela, dando golpes a un guante que siempre estaba listo para las proezas, sin cara de tristeza o de frustración, al contrario con la alegría del novato. Otras tantas veces le preguntaron, lo hice alguna vez yo, ¿cómo iban las cosas? “Muy bien, todo chévere” –contestó cada vez–. Nunca un reproche, nunca una mala palabra para con el tiempo o los problemas que tenía como todo ser humano. Vizquel dejaba y deja, aún creo, reitero, sus problemas personales en casa.



Vizquel en el Torneo Mundial Infantil de 1977, en el Universitario.



Una eterna sonrisa

El Vizquel que uno conoce, o el que cree conocer después de verlo jugar al beisbol o entrenar para tomar parte en un partido, es uno a quien le apasiona de verdad el deporte. Lleno de ilusiones para hacer la siguiente jugada, aquella que parezca más increíble que la anterior, con un guante con el que busca concebir ideas que sólo los magos pueden hacer.

Creo que Vizquel tiene la convicción de que nunca llegó a su logro mayor con el guante, que quizás sea idealista de los grandes en el deporte y que sin saberlo es esa su mayor virtud, más allá de los conceptos que le dan por tener en su pasado un historial como el “señor del guante”.

Una noche lo encontré en un restaurante en Nueva York, justo en el hotel donde se alojaban los Azulejos de Toronto. Recuerdo claro ese día, el 20 de septiembre de 2012, porque tenía en mente llamar a mi

sobrina María, quien estaba de cumpleaños. Con mi esposa conversé temprano también porque era la primera vez desde que estábamos juntos que no celebrábamos el día de su nacimiento, casualmente ambas lo celebran el mismo día. Me acerqué a saludarlo, estaba solo y había hecho el pedido para llevar a su habitación.

Nos sentamos juntos en la misma mesa mientras esperaba y conversamos acerca de Venezuela, de cine, de salsa. Me decía que esperaba ver al salsero Oscar D' León en el Madison Square Garden, o en un lugar donde la gente va a bailar y disfrutar de la música latina, el Copacabana. Pero se lamentaba de que el tiempo era su peor enemigo para salir a divertirse.

Hablamos del juego del día anterior, cuando entró a la historia. "A mí no me gustaría retirarme de esto, si fuese por mí, estaría todo el tiempo jugando, recogiendo pelotas, bateando y, por supuesto, con la sonrisa del triunfo", adelantó sin que se le tocara el tema. Yo no quería decirle que su sonrisa es eterna, gane o pierda.

Sentí cómo que su mente voló al día anterior, pues tiene Vizquel un cerebro de estadista, de historiador, recuerda sus hechos, todos y cada uno de los juegos. Su primer hit y aquel 2.873 que le dio a Andy Pettite en el Yankee Stadium. "Fue una línea al jardín derecho, y después supe que con ello igualaba a Babe Ruth en la lista de los hiteadores de todos los tiempos, en el puesto 42", afirmó sin una pizca de egocentrismo. En el octavo, ¿qué pasó?, le dije en un intento de ponerlo en aprietos: "Soné un doblete ante David Robertson para llegar a 2.874 y quedar solo en el puesto 41, imagínate, estar dentro de los grandes del beisbol, algo que jamás soñé pero que se cumplió por el trabajo que hice durante mi acción como pelotero".



Demasiado arrecho

Una vez, lo recuerdo firmemente, me encontraba junto al narrador Fernando Arreaza –un excelso que laboraba para el circuito de los Leones del Caracas y para el canal Venevisión con un lapso corto en DirecTV– en el terreno cuando se presentó Vizquel. Salió igual que siempre, con una sonrisa enorme mostrando su camada de finos dientes, dando golpes con su puño derecho al interior del guante. “Épale, ¿cómo están ustedes?” –Nos dijo–. Intercambiamos algunas palabras antes de un retiro con un trote ágil. Luego vimos cómo empezó a estirarse por unos 20 minutos e hizo una seña a la cueva felina. Volteamos a ver a quién llamaba con tanto interés. De ahí salió un técnico con el número 31 en el uniforme. Era Flores Bolívar, con quien seguramente había negociado la práctica de fildeo.

“Comienza el show de hoy”, me dijo Arreaza y le contesté con un “ajá” el cual indicaba que por nada me perdería eso. Al dúo nuestro

se acercó Alvis Cedeño, locutor de la pelota criolla. Harto conocedor del beisbol por sus trabajos en los circuitos de Leones, Tiburones de La Guaira y Bravos de Margarita. Sus conceptos siempre son acertados, pero ante la belleza de fildeo que teníamos delante, no dejó de asombrarse. Igual Arreaza y yo.

“Ese carajito es la excelencia hecha guante”, dijo Cedeño sacando su talento filosófico. Ratificó lo que todos sabíamos, que lo dijimos una vez, que a unos les pareció aventurero y a otros una verdad absoluta, “rara vez repite un fildeo, cada uno tiene diferentes aristas al anterior, se pasea en las fronteras de la belleza y la perfección, si es que esas dos cosas tienen una línea que las diferencia”.

“Es verdad” –contestó Arreaza–, quien a la vez me hizo un gesto que indicaba el verbo filosófico y poeta de Cedeño, quien tiene una voz fuerte natural, la cual le impone más fuerza a sus conceptos. Pero es que Cedeño quería seguir con sus palabras, acertadas y sabias por demás: “Ese carajito parece que conoce a fondo el infield, paso a paso, metro a metro, jamás pisa una raya de cal, jamás se sale de su imperio, y además tiene como un mensaje tácito a quienes le rodean, el camarero y el antesalista, para que respeten su geografía, tiene el talento para saber dónde están sus compañeros, quién y por dónde puede batear una línea y adivina dónde se colocará en cada fildeo”, –comentó.

Pero en la siguiente frase dejó atrás la filosofía deportiva y la caballerosidad, “¡es demasiado arrecho!”, casi gritó, a la vez que movía sus manos para iniciar una reverencia. “Mi asombro al verlo es superlativo, es hiper, es plus” –comentaba Cedeño.

Desde que lo conocí, o desde que llegó la perfección del guante a mis ojos, Vizquel parecía hacer de cada atrapada sin rigor, que no se asemejaran a piezas de un motor, le gusta asumir la idea de cambiar de estilo, de que su guante hable un idioma diferente en cada fildeo. ¡Y lo logró!

Lo estudié muchas veces y hasta aposté a un error por su intento de excelencia cada vez mayor. Ante la inmensidad de un público que llenaba las graderías para verlo fildear en los entrenamientos o en el juego. Vizquel nunca presentó, o jamás me percaté de eso, una camisa de fuerza para exponer sus habilidades, pues nunca quedaba satisfecho con la anterior y le daba calor a cada una de las pelotas que llegaban a su guante.

Me imagino, ahora que recuerdo todos esos días cuando admiré al Vizquel de las prácticas de fildeo y de los juegos posteriores, que quería al beisbol como a su vida y que cada fildeo se convertía en la emoción de un riesgo mayor cada vez. Nunca se lo pregunté. Una vez escuché a Cedeño recalcar que “estoy seguro de que ese carajito debe estudiar cada seña, cada bateador, cada swing del enemigo. Es imposible que alguien sepa de memoria cuántos bateadores ligan por sus predios para irse a la derecha o a la izquierda; seguro estoy de que conoce las cualidades de cada uno de sus compañeros para regalarle la asistencia para un out”.

Mis gratos recuerdos del fildeo de Vizquel los tengo a cada instante, en cada temporada antes de cada juego, en las prácticas de fildeo, y se convirtió en una obligación para mí el verlo a diario. Por eso cada vez que podía me iba a Maracay, Valencia, Barquisimeto y hasta Maracaibo a verlo fildear en los entrenamientos antes

de cada juego. Inclusive me escapé en varias oportunidades y me fui a Toronto, Nueva York, Boston y Anaheim a verlo fildear, en una apuesta por observar la repetición fotográfica de un fildeo. Nunca lo hizo.

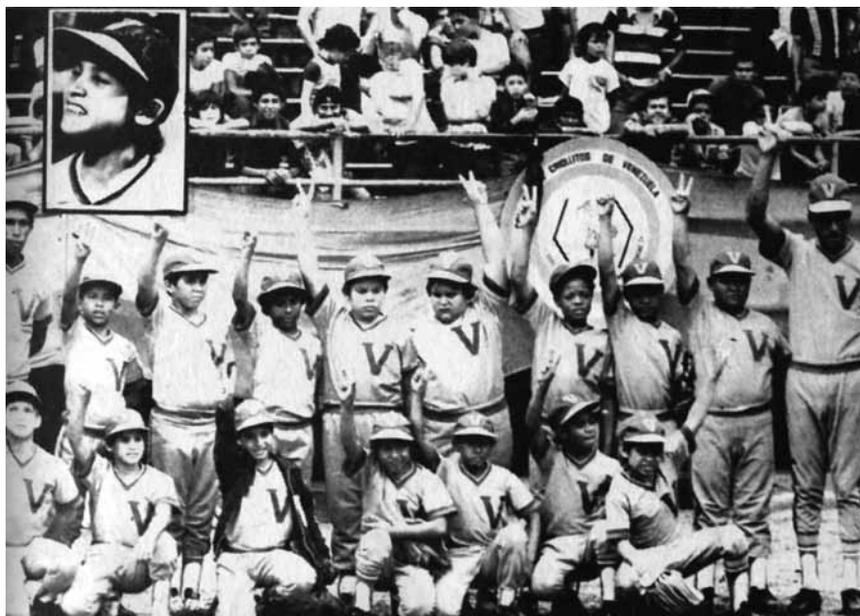
No importaba hacer el gasto de tomar mi carro y viajar con el objeto de verlo en las prácticas de fildeo, ese Vizquel de 4 a 5 de la tarde es algo que no me perdía por nada.

Claro que cuando el equipo es visitante el horario es diferente y los equipos disponen de menor tiempo para entrenar en el prejuego. Pero eso no era impedimento para Vizquel, él se las arreglaba para tomar el guante y fildear hasta alrededor de 100 pelotas que salían del fongo de Flores Bolívar.

Haciendo uso y abuso de la amistad, muchas veces me coloqué al lado de Bolívar y muchas veces también le insinué que Vizquel era el mejor guante que había visto. Me decía: “Mira esta”, y se la ponía un poco más fuerte o un tanto de lado. Nada, Vizquel las fildeaba con la elegancia de siempre. Entonces repetía, “voy por la derecha, mírale las piernas”, y largaba el batazo, Vizquel se movía con elegancia y tomaba la pelota para devolverla al asistente de Bolívar o lanzarla a segunda o primera, según el caso. Siempre con un estilo que daba envidia. “Que se arrenchen, que se arrenchen, pero esto se llama arte” –repetía Bolívar.

“Millón” era un personaje completo. Tenía un don para describir las cosas, las personas, las situaciones; y alguna vez me dijo de Vizquel que: “Muchos le dicen guante mágico, o de oro, o de diamante. Lo importante es que él parece gozar con todos esos

conceptos, pareciera que supiera hasta los rebotes que da la pelota cuando sale del bate de un jonronero o de un hiteador, como si su guante debería estar colocado para el siguiente rebote y hace lo que le plazca con el fildeo”.



La Selección Nacional del mismo campeonato de 1977.



Vizquel celebra la victoria del primer lugar obtenido en ese torneo.



La amistad sí existe

Con los años Vizquel y yo construimos una amistad de grandes kilates, pero nunca se refirió a eso. Por supuesto, que tenía y tiene amigos de la infancia de la urbanización El Cafetal donde pasó sus años juveniles. La única vez que le escuché hablar de amistad fue en un momento en que él conversaba con Humberto Acosta Gutiérrez, periodista especializado en beisbol, quien para ese entonces escribía en el periódico *El Nacional*, además de ser comentarista del circuito de los Leones. Ahí se valoró ese sentimiento.

Vizquel le contestó, “la amistad es todo, la amistad vale más que el talento, vale más que todo, casi que vale más que la familia” –dijo–, y yo estaba de curioso en esa conversación. Por supuesto, que le robé el concepto, se lo quité y ahora lo uso cada vez que puedo. Pero valió la pena para saber que este diminuto pelotero

tenía sentimientos mucho más nobles de lo que cualquiera puede pensar. Porque muchos fanáticos piensan que los peloteros no pagan luz, ni teléfono, ni atienden su casa, ni van al banco a resolver problemas o a embajadas a pedir visas. Que solamente van a jugar pelota y que eso, además, no es un trabajo.

Es más, creo que nunca seré objetivo cuando hablo de Vizquel, cuando escribo de Vizquel. Una vez una periodista me dijo que lo odiaba porque había dicho que jamás tocaría un campo de beisbol en Venezuela. Se le rebatí, ya que yo estuve en el encuentro que Vizquel sostuvo con los representantes de los medios de comunicación y él mismo lo desmintió. Afortunadamente yo que no uso grabador, pues, lo usé ese día. Le puse la grabación. La mujer no dijo nada, se limitó a retirarse.

Personalmente –repito– no conseguiré hacer un comentario adverso por la amistad que nos une, entonces no sería objetivo en esto. Solamente sé que Vizquel es un guante hecho persona, o lo fue, además de un fenómeno que los amantes y especialistas deben analizar con tranquilidad y paciencia. Si uno le odia o le admira su fildeo, debe respetarse. Particularmente le tomé respeto desde el día en que estaba con Luis Salazar y lo observé por vez primera; después charlamos muchas veces y se consolidó la amistad.

Me comprobó que creía en la amistad cuando yo residía en Boston. En las afueras de la ciudad compré una casa que al final me pareció grande, porque además de una buena cocina, comedor y tres habitaciones, tenía un pequeño departamento independiente que tenía una entrada por uno de sus lados y otra al que se comunicaba por la cocina.

Un territorio como de algo más de 70 metros cuadrados; baño bien grande, no tenía separaciones. Tres paredes eran de vidrio puro que daban a una hermosa vista de un jardín. Con todas sus comodidades, una cocina pequeña, nevera, equipo de sonido y aceptables muebles. Lo compré porque mi hija Verónica quería estudiar cerca, y además de querer eso exigía privacidad, pero al final se fue a Seattle, por allá hizo sus estudios de postgrado en Enfermería, una maestría en Instrumentación Quirúrgica, complementada con otra en España y, por supuesto, todo en inglés. Aún reside por esos lados.

Le ofrecí ese pequeño territorio a Vizquel para cuando jugara cerca y él aceptó. Creo que en ese momento andaba en su segunda o tercera temporada con los Indios de Cleveland. Tenía intimidad y podía descansar antes de partir y al regresar de los juegos. Cuando lo llamé para ofrecerle el pequeño departamento, mi esposa se alertó porque pensó que íbamos a estorbarle: “Ese es pana” –le dije para que se quedara tranquila.

Compré un timbal con sus baquetas, un paral para pintura, bastidores, lienzos y diferentes colores al óleo. Sabía de su felicidad y afición por estas cosas. Lo llevé al departamento. El primer día le acompañé en el juego, esperé hasta que saliera, pero se tardó. Me olvidé de que la rutina de Vizquel era realizar ejercicios de pesas tras cada encuentro. Cuando llegamos al lugar se sintió visiblemente emocionado, era más bien un pequeño apartamento muy cómodo para él.

Conversamos un rato y lo dejé solo. “Estás y siéntete como en tu casa” –le dije mientras le daba las llaves.

Luego, casi siempre que tenía pautado venir a casa, yo me venía desde el estadio sin esperarlo, él regresaba y algunas veces yo le visitaba, mientras él mismo se preparaba un plato de comida.

Al principio mi esposa quería dejarle la comida lista, pero él se negó. Prefirió hacerlo él mismo, igual que prefería hacer las compras en un supermercado cercano a casa para él mismo cocinar. Así me lo pidió y yo jamás le llevé la contraria. Fueron muchas las veces, además, que me invitaba a comer los platillos que hacía. No tan buenos como su fildeo, pero jamás le hice ese comentario. Otras tantas con él, con la confianza que genera la amistad, entraba a mi casa y se despachaba un desayuno, lo encontraba sentado en el comedor tras prepararse un par de huevos fritos, junto a pan tostado, un jugo de naranja y poca mermelada, porque Vizquel no renuncia a la comida. No es que haga de la comida una religión, como la que pueda hacer con el fildeo, pero le gusta comer bien.

Ahí, junto a mi familia, conversábamos hasta el cansancio de pintura, de música, pues es amante de la salsa, de la familia, de las mañas para dibujar en el lienzo. Muy pocas veces hablábamos de beisbol o de política. Eran temas tabú para nosotros. Me dijo una vez que no le importaba que en la calle le preguntaran por su afán de fildeos excelentes, que siempre recalca que no eran burlas para los enemigos que le criticaban por no tener un bate sobre los .300 puntos.

La gente no lo llama por su nombre de pila, sino por el apellido, eso tampoco le importó mucho.

Otras veces me quedaba para acompañarlo a ensayar con el timbal. Ya cerca de irse al estadio ponía una música de Tito Puente,

“El Pavo” Frank Hernández, o de Silva y Guerra, Oscar D’León o cualquier salsero, y se ponía a darle baquetazos a las pailas. Y muchas veces repetía el sonido con cánticos. Otras me quedaba en silencio viéndolo sacar un lienzo y tomar tres, cuatro y hasta cinco pinceles para darle vida a un cuadro. Nunca observaba lo que hacía, pues él mismo no lo permitía. Sólo lo tenía enfrente viendo al jardín y moviendo los pinceles, inclinando la cabeza de un lado a otro con gestos de aprobación.

Nunca me pidió una opinión por el resultado final, que me enseñaba tras cuatro o cinco días de trabajo. Tampoco le dije nada, porque entendí que no eran cuadros para lucrarse, sino para dejar a un lado el beisbol o los problemas varios y descansar en el lienzo.

En esos días no tocamos el tema del retiro, creo que no pensaba mucho en eso, pero sí me habló alguna vez de la generación de relevo: “No soy bobo, entiendo que vienen ansiosos de demostrar lo que tienen, lo que piensan, y eso es excelente. Es justo que cada quien piense diferente, pues seríamos un mundo poco ideal si todos pensáramos igual” –comentó.

“Ninguna generación se parece a la anterior, si fuese así estaríamos estancados. Me gusta ver jóvenes que hagan las cosas mejor que quienes tenemos más edad, pero detesto a quienes lo hacen peor o piensan peor”, –aclaró–. Afirma que no admitir que la juventud tiene sus conceptos, sería negar que se adelantarán en todos los aspectos: “Lo que me molesta algunas veces es ver cómo algunos hacen las cosas mal, porque si lo hacen mejor es muy bueno, pero lo contrario es un desastre”.

Comenta que el progreso tampoco es determinado por la edad, que hay personas jóvenes que son egoístas con los demás y viejos que son progresistas –explica–. “Ahí tienes a los mánagers del beisbol, cada día estudian el deporte, inventan jugadas, la ponen a prueba, hacen intentos por mejorar cada año, estudian las temporadas pasadas y tienen técnicos los cuales estudian al enemigo para poner en práctica las estrategias que proponen”.



En uno de sus excelentes movimientos al realizar un doble play.



Sin enemigos

Hay varios personajes en este mundo que no tienen enemigos. Los periodistas Domingo Álvarez y Humberto Acosta, por ejemplo. Nadie les conoce enemigos. Pueden andar por las calles tranquilos, porque saben que ningún personaje les hará algo malo. Esa lista la alimenta Vizquel como deportista. Muchas veces he visto fanáticos de otros equipos, que odian a los Leones del Caracas, opinar de la elegancia en el fildeo de Omar y lo califican como si fuese un bailarín que se presenta en cualquier escenario, por su elegancia, digo.

De él, el periodista Ramón Navarro dijo una vez, “fiel espesura de la estirpe de los grandes jugadores del béisbol, y no son simples loas, ejemplifica no solo el mundo que le ha granjeado la espectacular fama de ser uno de los mejores torpederos de la historia, sino que

además es un ejemplazo de dignidad ciudadana, por donde se le mire. Superó a Luis Aparicio con más juegos jugados en las mayores, en esa posición, así como el venezolano con más campañas. Su norte no es más que el Cooperstown, y más allá, su estatura moral”.

El también periodista Ewald Scharfenberg está seguro de que, tras las demostraciones de Vizquel, en Venezuela seguirán brotando talentos como los del caraqueño, así como antes los de Luis Aparicio y Enzo Hernández o Concepción, o Guillén. “Pero habrá que temer que de ahora en adelante ya nadie los sopesará en su justo valor. Sí, en su justo valor, porque será una lástima, en términos estéticos, pero también una miopía en términos del espectáculo, concederle la primicia a los todo terrenos”, elogia.

Afirma que cualquiera puede y podrá rendir mediante números de excepción y hasta completar en el campo jugadas que ilustren los inimaginables alcances del cuerpo humano: “lo que no se les dará muy bien, en cambio, son movimientos, gestos, sutilezas, imágenes sobre el campo que expresándose en lo corporal y retando también a la imaginación, parezcan originarse del alma más que del cuerpo, eso se llama arte”, recalca. “Vizquel ofreció arte, el arte del beisbol o mejor dicho, el arte del short, para ubicarlo en su precisa especialización de raigambre criolla”, remata.

El periodista Iván González Romero, habitante asiduo del palco de prensa en el Estadio Universitario por muchos torneos, afirma que “el fildeo es su identidad, todos lo vamos a recordar por esa condición. Fue el mejor torpedero defensivo de su generación, aunque cometió errores como el del Clásico Mundial de 2006 ante Cuba”, adelanta.

“También recuerdo verle cometer un error mental mientras jugaba segunda base en uno de sus últimos partidos. No entró a cubrir primera con un toque de sacrificio. Al final del encuentro me dijo que era que estaba pensando como si estuviese jugando shortstop.

González Romero afirma que Vizquel siempre fue muy cordial. “Absolutamente, incluso me consta que con Juan Vené, quien escribió que Vizquel no tiene méritos para ingresar al Salón de la Fama, lleva una buena relación, sin rencores”.

“Tal vez su única enemistad es con José Mesa, el excerrador de los Indios, sobre quien Omar escribió en un libro autobiográfico que estaba asustado durante la Serie Mundial de 1995. A partir de ese libro, Mesa buscó golpearlo cada vez que él y Vizquel se enfrentaban. Supongo que el enfrentamiento no traspasó las rayas de cal porque en Estados Unidos una agresión es, judicialmente, un asalto”, afirma el periodista.

A González Romero se le olvidó mencionar el incidente con el toletero Albert Belle, a quien nombró como “truhan”, tras usar un bate encorchado. Vizquel en su biografía *“Omar ¡May life on and off the fields”*, escrito por el periodista Bob Dyer, se ganó las rabieta de esos dos peloteros, porque señalaron que fue desleal.

Una vez me encontré a Urbano Lugo en uno de sus trabajos que realiza como parte del programa “Urbano Lugo Jr. sembrando una pasión”, conversamos de su labor con los niños y de sus años con los Angelinos de California, Expos de Montreal y Tigres de Detroit, en su recorrido por las

mayores. En la pelota local solamente vistió el uniforme número 8 de los Leones del Caracas y por varias temporadas jugó con Omar Vizquel.

Urbanito, llamado así porque es el junior de Urbano Lugo padre, es recordado por haber sellado un campeonato de los Leones lanzando un juego de no hit no run ante los Tiburones de La Guaira en el Estadio Universitario durante la campaña 1986-1987, el 24 de enero del 87. Esa vez conversamos acerca de Omar Vizquel: “Fue un ejemplo a seguir dentro y fuera del campo”, me dijo tajante. “No creo que tenga enemigos en ningún lado, su guante fue lo que lo llevó a establecerse en las mayores, y te juro que jamás lo vi cometer un error”, me aseguró Lugo.

Por supuesto que sí los cometió, pero quizá Lugo –al igual que muchos, como yo- guarda en su memoria alguna de las jugadas a las cuales Vizquel les puso un sello, como aquella de tomar rodados con la mano limpia y en compañía de Edgar Cáceres o Roberto Alomar o Carlos Baerga, alrededor del segundo saco, donde la calidad de asombro inundó las mentes de los fanáticos, incluyendo a Lugo.

Lugo, quien también participó en las ligas de México y Taiwán, le ofreció uno de los mejores elogios que escuché: “como pitcher siempre quería que dieran el batazo por donde estaba Omar”.

Vizquel entró al Caracas en 1984, ya lo dijimos. En 1987 llegó a los Leones un jovencito nativo de La Guaira, Russell Vásquez, quien se desempeñaba en la tercera base, pero que jugó poco –quizá unos cinco años- con la tropa capitalina.

Vásquez también conversó conmigo acerca de Vizquel: “Jamás le conocí enemigos fuera del terreno. Inclusive, dentro del mismo, siempre ayudó a los más jóvenes”, me dijo en una oportunidad. “A mí siempre me tendió la mano, siempre un consejo, siempre una palabra de aliento”.

Explicó que “su carta de presentación desde que firmó, fue su fildeo, pero a medida que se fue desarrollando también se convirtió en un gran corredor de bases con habilidades para robar, cualidad que no tenía cuando era novato”.

Ubaldo Heredia fue uno de los símbolos caraquistas. Su nombre trae muchos recuerdos a esta tropa porque le dio innumerables satisfacciones, jamás vistió una franela diferente a la de los capitalinos. Es de esa clase de peloteros que son franquicia con el equipo, al igual que Lugo, Alex González, Bob Abreu, Róger Cedeño.

En 2008 Heredia fue escogido miembro del Pabellón de la Fama de la Serie del Caribe. Lanzó en cuatro series con los Leones del Caracas y en otra como refuerzo de los Tiburones de La Guaira. Obtuvo dos victorias sin reveses y dejó efectividad de 1.21 carreras limpias.

Ahora Heredia es busca talentos de la organización Marineros de Seattle y conoce al dedillo a Vizquel: “las manos más suaves del equipo, esa era su carta de presentación, sus manos mágicas”, me afirmó Heredia en una conversación. “Todo lo que logró lo hizo por sus deseos de superación. No era buen corredor, no tenía velocidad, pero trabajó como un novato desde el primer día y por siempre. Si averiguas, encontrarás que Vizquel es uno de los jugadores que trabajan más en la pelota”, me recordó.

Especificó que: “Bateaba a la derecha solamente, pero para superarse se hizo bateador a las dos manos ya firmado. Se adaptó muy rápido y eso trajo el éxito”, comentó. Afirmó que Vizquel es un jugador inteligente: “Mucho, superó todos los obstáculos y ahora puede decir que es una estrella dentro y fuera del terreno de juego”, lanzó Heredia.

Otro que habló muy bien de Omar Vizquel fue Sandy Alomar Jr. Un exreceptor nativo de Puerto Rico, quien jugó para Padres de San Diego, Indios de Cleveland, Medias Blancas de Chicago, Rockies de Colorado, Rangers de Texas, Dodgers de Los Ángeles y Mets de Nueva York, entre 1988 y el 2007

“Sin duda que ese guante es de los mejores que jamás vi”, dijo Alomar, quien asistió al acto de exaltación de Omar Vizquel al Salón de la Fama de los Indios de Cleveland. Y miren que Alomar sabe de beisbol. Vio mucho beisbol en su historial, pues en casa se respira eso por los cuatro puntos cardinales. Él es el hijo del exjugador de Grandes Ligas Sandy Alomar padre y hermano del miembro del Salón de la Fama, el segunda base Roberto Alomar

En Estados Unidos está instalado desde hace más de 20 años un periodista venezolano quien es un estudioso del beisbol. Además adora al atletismo pues fue cultor de ese deporte como velocista. Su nombre Manolo Hernández Douen, muy amigo mío. En uno de los entrenamientos primaverales a los cuales asistí, habló conmigo de varios tópicos, que quería visitar a Venezuela, pero cada vez se le hacía más difícil, hablamos del atletismo nacional y acerca de Vizquel.

“Omar Vizquel siempre se ha caracterizado por ser un ser humano bien cordial dentro y fuera del terreno de juego. Ese es uno de los detalles que le permiten comunicarse bien con sus semejantes y que lo van a convertir algún día en un excelente mánager en las Grandes Ligas”, me dijo.

Al contrario de lo que mucha gente piensa, Hernández Douen me especificó que: “Vizquel era buen bate y prueba de ello son los 2.877 hits conectados en las mayores y de paso un buen robador de bases. Pero no hay ninguna duda de que su carta de presentación fue la defensiva, encabezado por la conquista de 11 Guantes de Oro”, recalcó.

A mediados de febrero de cada año, en plena primavera en Estados Unidos, el beisbol de Grandes Ligas comienza sus entrenamientos pretemporada. Es la época en que se reportan los jugadores, después de un merecido descanso. En uno de esos días yo tuve la oportunidad de visitar el Scottsdale Stadium, lugar donde tienen su sede los Gigantes de San Francisco. Este coso fue construido en 1992 y ya los Gigantes acordaron permanecer en esta instalación hasta 2025.

Es un parque muy bonito, excelente ubicación, que mide 360 pies por la línea de la izquierda, 330 por la derecha y 430 por el bosque central, con una cerca que rodea los jardines que mide cinco metros de altura. Ahí, mientras yo intentaba buscar a los entrevistados, observé una reunión entre Bruce Bochy, Lou Piniella y el periodista Peter Gammons. Bochy, quien era mánager de los Gigantes de San Francisco, antes dirigió a los Padres de San Diego, durante doce temporadas. Es el único jugador de los antiguos Padres que luego fue mánager de San Diego.

En 1998, llevó a los Padres a su primera corona en la Liga Nacional en 14 años. Esa vez perdieron la Serie Mundial ante los Yankees de Nueva York. Guió a la Serie Mundial en 2010 a los Gigantes y ganaron la primera corona desde 1954. Piniella fue mánager de los Orioles y Yankees de las Grandes Ligas y finalizó su carrera como dirigente, ubicado en el lugar 14 de la lista de victorias de todos los tiempos.

Gammons es todo un personaje en los medios de comunicación del beisbol. Ganó el premio JG Taylor Spink, por la escritura excepcional del beisbol, premio propuesto por la Asociación de Escritores de las Grandes Ligas. Trabajó en el *Boston Globe* por muchos años como el periodista principal que cubrió los Medias Rojas de Boston. Además fue columnista de *Sports Illustrated*, escribió el libro *Más allá del sexto juego*.

Los tres estaban sentados en una mesa del cafetín del estadio y conversaban animadamente. Ante la presencia de los tres personajes, me atreví a abordarlos para intentar una entrevista con alguno de ellos, o con los tres. Cuando me presenté lo primero que me preguntaron fue mi país de origen. Les dije que Venezuela y enseguida los tres sonrieron como en forma maliciosa.

Ante mi extrañeza me dijeron que casualmente estaban hablando de un venezolano, Omar Vizquel. Bochy me dijo: “Es el mejor torpedero que he visto en mi vida, nunca nadie como él. Es simplemente el mejor”, recalcó. Piniella expresó casi el mismo concepto. “Es de los mejores shorts de su generación, juega con belleza e inteligencia”. Gammons, por su parte, después de elogiarlo con diferentes calificativos, expresó que “es de los mejores jugadores

a la defensiva”. Sin duda alguna, tres autoridades en el beisbol, quienes conocen el deporte y han visto muchos jugadores en sus historias.

Dos jugadores criollos también dieron su opinión en alguna oportunidad, Bob Abreu adelantó que “Omar rompió todos los esquemas por su manera de jugar al beisbol, es lo mejor”, expresó el también pelotero franquicia, quien fue compañero de Vizquel en los Leones del Caracas. Miguel Cabrera, quien vistió la camiseta de los Marlins de Florida y Tigres de Detroit, dijo que “yo fui víctima de ese guante mágico en varias oportunidades”.

En mis paseos por el Estadio Universitario me encontré siempre a Héctor Cordido, sin duda muy conocedor de la pelota criolla, que tiene en su carrera haber comentado con el circuito de los Tigres de Aragua y Leones del Caracas desde 1991. Actualmente es uno de los comentaristas de los Tiburones de La Guaira.

Sus conceptos emitidos son de los mejores e hizo una dupla de grandes kilates con Carlos Alberto Hidalgo, por el canal privado Venevisión. Sentados en la cueva de los Tiburones, Cordido me dijo que “siempre escuché que Vizquel era amigable, cada vez que hablo con él lo percibo. En verdad que no creo que tenga enemigos fuera del estadio, de pronto alguno que otro le tendrá envidia”.

“Cierto, el fildeo fue su carta principal en el juego, afortunadamente él mismo se dio cuenta de que tenía que mejorar su labor ofensiva, y de ahí que comenzó una etapa de aprendizaje para terminar siendo un respetable bateador”, explicó Cordido, quien

además es el coordinador de un anuario que imprime *Numeritos Gerencia Deportiva* y donde se observan trabajos estadísticos de todos los jugadores que actuaron en las temporadas de béisbol.

Le adicione que Lugo en su comentario me dijo que nunca vio a Vizquel cometer errores. “Como todo ser humano los errores estaban en su historial o iban a estar, eso es igual que cuando venía a batear Galarraga uno siempre pensaba en un batazo de largo me-traje y no siempre era así”, recalcó.

Por supuesto que Cordido es uno de quienes admiran el fildeo del caraqueño, y la frase que soltó para rematar lo dice todo, “un batazo por los lados de Vizquel era ver uno o dos outs y fallarla no estaba en nuestro disco duro, pues siempre logró promedio muy cercano a la perfección”.



Sus inicios en una de las prácticas en el Estadio Universitario.



Visto por Guillén

En febrero del 2013 viajé a España a una clínica de periodismo. En ese país habían hecho un llamado para quienes quisieran escuchar y conversar con diferentes especialistas deportivos. En el aeropuerto de Maiquetía me topé con Oswaldo Guillén, quien también viajaba a Europa, casualmente en el mismo vuelo, pero con una estadía corta en Madrid, para seguir luego a otros países. De vacaciones el criollo.

Guillén fue torpedero de los Medias Blancas de Chicago entre 1985 y 1997, después vistió la camiseta de Orioles de Baltimore, Bravos de Atlanta y los Rayas de Tampa Bay, hasta que se retiró en el año 2000. Acá en el país solamente se puso la franela de los Tiburones de La Guaira. Primero se usó el número 9, pero después de la campaña de 1985-1986 usó el 13 en honor a David Concepción.

En el viaje hablamos por supuesto de beisbol, además de diferentes temas como de toros y música. Guillén es muy conversador y siempre es un gusto compartir con él. Hasta que llegamos al tema de Omar Vizquel, quien venía de jugar cuatro campañas con los Gigantes de San Francisco y una con los Rangers de Texas, antes de aterrizar en Chicago, que –bajo la conducción de Guillén– apreciaron el talento del veterano jugador.

“Si duda es uno de los mejores, o quizá de lo mejor que haya visto. Era un pelotero excitante, de excelentes manos y muy habilidoso”, me comentó Guillén rumbo a Madrid. ¡Miren que Guillén sabe de beisbol! Lo vivió y lo vive aún con intensidad. Fue Novato del Año con un tope defensivo en los Medias Blancas en 1985, todavía se recuerda aquel letrero que esgrimió cuando fue anunciado en el Juego de Estrellas en 1988 donde se leía “Hi Ven”.

Después estuvo junto con los estelares en el 90 y 91. En 1990 ganó el Guante de Oro. Fue miembro del equipo que ganó la Serie Mundial con los Marlins de Florida en 2003. Guillén tiene un récord que nadie podrá arrebatarse, en el 2005 dirigió a los Medias Blancas, que ganaron la Liga Americana, que lo convirtió en el primer mánager no estadounidense en dirigir un equipo en una Serie Mundial y ganarla. Igualmente, fue el mánager del joven circuito en el Juego de Estrellas del 2000 y lo ganó también.

Con Guillén quedamos en reunirnos al siguiente día por sus ocupaciones familiares y las más. Nos vimos y continuó hablando de Vizquel. “Ese es un pan de Dios”, me contestó cuando le pregunté acerca de los enemigos del criollo. Estábamos compartiendo un café en una de las calles de la capital española.

“Es muy colaborador y además trata de enseñar lo que sabe a los jóvenes y eso es importante para alguien que alguna vez piensa en dirigir un equipo, ya sea el Caracas o en las mayores”, replicó Guillén cuando le pregunté acerca de la conducta del caraqueño dentro y fuera del estadio.

De hecho, me recordó que Vizquel había sido contactado por dos organizaciones una vez que colgó el guante, “eso muestra la confianza que tienen los equipos en su didáctica y en su paciencia para entrenar a los más jóvenes”.



Al finalizar el episodio se dirigía muy enérgico al dugout.



Actuaba con mucha disciplina en los calentamientos antes del juego.



Aprender siempre

En una de esas múltiples conversaciones que tuvimos en mi casa, Omar Vizquel me contó muchas cosas de su vida profesional. La vez que dejó colgado el guante y pensó mucho en pasar tiempo con la familia, con sus hijos, acompañarlos a la escuela y sentarse con ellos, hablar de cualquier tema. “Pero primero salieron los Angelinos y me ofrecieron un trabajo para que enseñara a los jugadores del infield en su trabajo diario”, dijo de entrada.

Acepta que le gustó la oferta porque es uno de sus delirios, el enseñar a quienes comienzan en la difícil profesión de la pelota. “Después los Tigres de Detroit me llamaron para que fuese el coach de la inicial y en eso ando ahora mismo”, recalca.

“Cuando empecé en la pelota recibí duras críticas porque no tenía un brazo fuerte ni bateaba para un alto promedio, ni era un jugador de alta talla”, recordó.

“Inclusive hubo alguien quien me recomendó irme al hipódromo a probar suerte”. “Pero hubo otros quienes me vieron la picardía para el juego, la pasión por el beisbol y confiaron en mí, entonces es cuando llego a los Leones del Caracas a los 16 años”, afirmó.

“Irme a vivir a otro país, con otro idioma, fue difícil, pero tenía ganas de triunfar, de jugar pelota e hice el trabajo. A los 20 años un técnico me recomendó que tratara de batear a lo zurdo, entonces empecé a hacerlo en la Liga Instruccional, donde me mandaron a mejorar ciertas cosas del deporte, luego aquí con el Caracas terminé de pulir varios detalles”, expresó.

“De verdad que yo jamás pensé en récords, en estadísticas grandes, si pensaba en jugar bien; en divertirme y es cierto que recuerdo muchas cosas de la carrera, pero nunca me sentí atrapado por romper marcas, porque los veía muy lejos. Ellas salen solas”, reiteró.

“El año en que llegué a las mayores lo recuerdo con cariño. Fue el 3 de abril de 1989, y entonces dije, aquí estoy, porque es algo que todo pelotero sueña cuando firma al profesional”, explicó.

“Pero a la vez me di cuenta de que no todo es jugar en las mayores, tienes que estar al día con estadísticas, estudios del enemigo, jugadas y otras tantas cosas en las cuales debes estar enfocado, concentrado al ciento por ciento”, afirmó.

Aprender parece ser el verbo que más cerca está de Vizquel: “necesito estar junto a otros dirigentes, mánagers, coaches, y jugadores, para aprender más cada día del beisbol, porque uno se da cuenta de que no sabe nada”, explicó.

“Claro que quiero ser mánager del Caracas en alguna oportunidad, pero seré cuando esté bien preparado, cuando aprenda muchos secretos del beisbol, esto no es fácil”, reitera. Ahí es cuando habló conmigo acerca del retiro: “yo estaba preparado para esto, sabía que iba a llegar el día, ya los reflejos no son iguales, ya las piernas no me dan para trabajar más, las condiciones no eran las mismas, pero muy pocos jugadores en la historia pueden decir que trabajaron 23 años en las mayores”.

Me habló de su pasión por la música y la pintura. “Primero me compré una batería eléctrica y comencé a darle golpes, me gusta la música rock, pero después la cambié. Ahora tengo una normal, también me compré unos timbales, más el que está en tu casa, y a ese también le doy golpes”, explicó.

Afirma que oye música dependiendo de su estado de ánimo: “Pero en verdad me gusta mucho la salsa, la de Oscar D’León, la de Gilberto Santa Rosa, Juan Luis Guerra y otros salseros”, confiesa.

Con la pintura también tiene algo especial. “Me compré al principio unos cuadernos y creyones, y comencé a descansar con la pintura en los momentos cuando estaba más estresado por el beisbol, para despejarme mentalmente. Inclusive yo invitaba a mis compañeros a exposiciones y ellos me decían que estaba loco, pero al final hice pintura al óleo y tengo ya tres exposiciones”, explica.

Lo cierto es que esas venas artísticas fueron perseguidas por los medios de comunicación, lo que pone en evidencia su siempre admirada personalidad. Es decir, Vizquel logró –¿sin saberlo?– una unión entre el cuerpo y el alma. Remató con una frase, “entrar al Salón de la Fama no me quita el sueño, son cosas que escapan a mis manos, yo hice un trabajo, lo hice con cariño, con amor, con pasión. Son los demás quienes deben valorar si esto que hice vale la pena para llegar a Cooperstown en alguna oportunidad”.



Con sus compañeros en la cueva observaba muy atento el juego.



Año de estreno

Reiteramos que fue en 1989 cuando Vizquel hizo su estreno en las mayores. Los Marineros enfrentaron a los Atléticos de Oakland y él había recibido el llamado del club. “De verdad que en ese instante pensé que no estaba preparado para iniciar el camino en las mayores. Quizá la falta de experiencia en las menores, pulir un poco más el bateo, porque con el guante nada tenía que demostrar”, dijo.

Ese año quería ir a verlo jugar, pero diversos problemas se me pusieron en frente. Hasta que llegó nuestro amigo Juan Vené y me llamó desde Nueva York. Me estaba invitando para ver una serie entre Marineros y Yankees, como parte de la celebración de sus 30 años como periodista en las mayores. Tremenda suerte, y emprendí el viaje.

Eso serviría, además de ver a Vizquel, para saludar y entrevistar a Álvaro Espinoza, a quien conocía de trato como pelotero, pero no era alguien con quien compartía como con Vizquel.

Ese año fue el mejor de Espinoza, pues se instaló como torpedero regular de Nueva York. Otra cosa especial que tenía ese viaje era que el salsero Oscar D'León se presentaba en el Madison Square Garden y su jefe de prensa, Jorge Collazo, al saber que estaría en esa ciudad, me había asegurado dos entradas, para lo que se denominaba "Las noches de Nueva York".

Entrar el majestuoso Yankee Stadium fue una cosa excelente, y gracias a Juan Vené pude hacerlo. Vené, quien en realidad se llama José Rafael Machado Yáñez, estaba residenciado en Nueva York, antes de mudarse a Coral Gables. Me había contado en alguna de nuestras conversaciones que la Serie Mundial de 1960, entre Piratas de Pittsburgh y Yankees de Nueva York, fue la primera que cubrió como periodista en las mayores.

Por supuesto, que una de las primeras preguntas que se le hace a Juan es de dónde sacó ese apodo. "De la imaginación de Clemente Robaina, el director teatral en Caracas. Cuando tenía 15 años e interpretaba a un niño llanero mientras contaba chistes y recitaba poesía", me relató.

A la hora de comenzar a trabajar, Robaina me dijo: "...pero con ese nombre no creo llegues a ninguna parte. Vamos a ponerte Juan, por Juan Bimba (que significa el pueblo venezolano) y Vené, por Venezuela", cuenta. Me estaba esperando en el aeropuerto y de ahí viajamos directo al estadio

Vizquel tenía un problema muy grande frente a sí mismo, se llamaba Rey Quiñones, un boricua quien sacó 12 jonrones y remolcó 45 para instalarse como regular en la grama corta de Seattle. Pero en los entrenamientos primaverales Quiñones se lesionó. Vizquel en la pretemporada enseñó cualidades, por lo que lo dejaron con el reto.

Antes del primer juego de la serie en Nueva York, me fui al club house de los visitantes. Pregunté por Vizquel y cuando me abrieron la puerta, a quien primero vi fue al venezolano que estaba en el piso realizando sus estiramientos. Al verme se asombró. “¿Qué haces tú aquí, mi pana?”, me preguntó.

Le expliqué que pasaba por ahí casualmente y decidí saludarlo, soltó una carcajada. Tras el juego salimos a comer a un restaurante donde el menú era elaborado por venezolanos. Me contó que el 3 de abril de ese año, cuando se convirtió en el grandeliga venezolano número 53, estaba muy nervioso.

El mánager, Jim Lefebvre, le había llamado aparte y le aconsejó estar listo para cualquier eventualidad. “Imagínate, salir a jugar ante una multitud de más de 40 mil aficionados en un campo y como visitante”, me comentó delante de un asado negro, comida típica venezolana que no es más sino un corte de carne cilíndrica, la cual viene de una parte de la res llamada muchacho redondo, preparado con papelón. Lo hicimos acompañar con arroz y tajadas.

Me afirmó que estaba muy apenado porque en el choque cometió un pecado y enseguida el toletero Mark McGwire apareció para desaparecer la pelota, además de perder el juego, Vizquel nada hizo en tres viajes al plato. Ese año Vizquel fue enviado a las menores, a

triple A, pero después fue reclamado de nuevo, acción que la tomó con el mayor profesionalismo. Ese año terminó con un aceptable promedio de fildeo de .971, que fue elogiado por muchos.

Recuerdo que conversé con Juan Vené acerca de Omar Vizquel y el veterano periodista me dijo: “ya verás lo que dice este personaje” y enseguida abordó al mánager, Jim Lefebvre, acerca de Vizquel, y él le contestó: “Será nuestro torpedero por muchos años”. Afortunadamente el mandamás de los Marineros tenía mucha confianza en el venezolano, aunque le recomendó trabajar más en el bateo.

Lefebvre fue estratega de los Marineros entre 1989, cuando sustituyó a Jim Snyder y en 1991, cuando fue reemplazado por Bill Plummer, quien fue mánager del Caracas en la campaña 86-87. Plummer fue aquel cátcher suplente del inmortal Johnny Bench, en los Rojos de Cincinnati a finales de la década de los 70.

Con Espinoza hablé poco en ese viaje, estaba en su segundo año con los Yankees. El año anterior, en 1988, trabajó unos pocos juegos e hizo la suplencia al camarero Willie Randolph. En esa campaña el dominicano Rafael Santana, dueño del short en Nueva York, sufrió una lesión y entonces llamaron a Espinoza y se quedó como regular. Hizo el trabajo hasta la campaña de 1991, cuando dejó la tropa y se fue a los Indios de Cleveland.

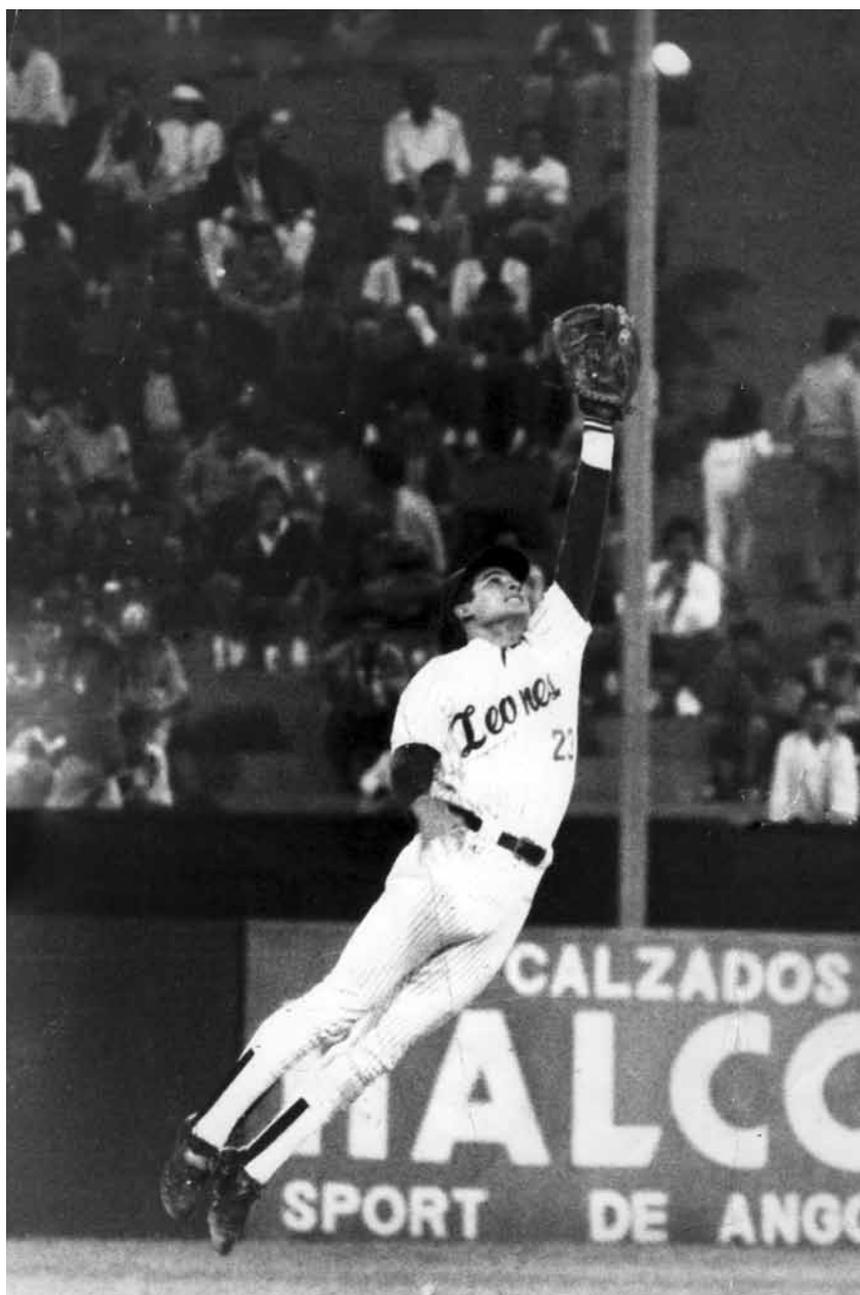
Con Vizquel quedamos, una de esas noches, en ver a Oscar D'León. Al terminar uno de los encuentros nos fuimos al local Copacabana donde se presentaba el salsero venezolano. Por supuesto que quien estaba de incógnito era yo, porque cuando Oscar vio a Vizquel enseguida lo invitó a golpear los timbales.

Así estuvieron un rato y, después de bailar con muchas de las fanáticas que lo descubrieron a causa del llamado de Oscar, yo tomé un par de cervezas, pero Vizquel no probó ni siquiera un refresco. “El juego de mañana, tengo que cuidarme”, me recalcó.

Antes de la media noche se retiró y me quedé en el local. En eso Vizquel es muy responsable. Aunque Oscar nos invitó a una mesa que le habían preparado los organizadores y en la cual compartimos entre cada set, se quedó con las ganas de hablar con el jugador.



Con los consagrados Antonio Armas y Andrés Galarraga.



Se le recuerda por sus formidables atrapadas.



Esa la vi yo

Fueron muchas las tardes en el Universitario que nos deleitamos viéndolo primero tomar los rodados con la facilidad de siempre, y después cuando empezaba el show, del cual hablaba Fernando Arreaza. Nos acomodábamos al igual que cuando uno se sienta en las instalaciones del cine o un teatro para observar la acción. Solamente que lo hacíamos postrados en las barras de la entrada de la cueva del equipo. Fueron muchas las veces que me fui del estadio una vez que empezaba el juego y ya acomodado en el palco de prensa del Estadio Universitario, tras observar dos o tres fildeos de Vizquel que a mí particularmente me parecían igual a los que había visto cuando Vizquel entrenaba de 4:00 a 5:00 PM. Claro que no eran iguales, pero lo que yo observaba era muy parecido. Entonces le decía a Fernando Arreaza, a Alvis Cedeño o a Humberto Acosta Gutiérrez que como ya los había visto y no quería ver repetición.

“Esa la vi yo en la práctica”, les decía. Y ellos se reían y algunas veces me apoyaban, pero en otras oportunidades me obligaban a quedarme para que observara “otra mejor”. “Es que si comete un error voy a lamentarlo toda la vida”, les aseguraba yo para apoyar mi actitud de retirarme a casa o a la sala de redacción a terminar de escuchar el juego por radio.

Muchas veces cuando al siguiente día regresaba al estadio, los amigos periodistas me reprochaban, “te perdiste la del séptimo episodio. El tipo la agarró de espaldas al home y cerca de la pared del jardín central”, exageraban. “E hizo una que la agarró detrás de la almohadilla de segunda con la mano derecha, y la tiró como de espaldas a la primera y sacó el out por dos pasos”, me decía otro.

“Y la que hizo casi encima de la base y como no podía tirar se la entregó a Cáceres y casi que le grita, hazlo tú, y sacaban el out. Mira, el estadio se cayó a aplausos”, comentaban.

Yo me arrepentía de haberme ido. Juro que lo hice en tres o cuatro oportunidades, pero llegó un momento en que prometí no irme más el estadio sin ver el out 27 pintado en la pizarra. Y mirensí disfruté. Abandonar el estadio tras una jugada maravillosa. Ya yo había hecho eso mismo en varias oportunidades.

Lo hice en alguna oportunidad cuando Luis Aparicio saltó como felino para despegarse unos dos metros del infield en el Estadio César Nieves de Catia La Mar, con el brazo izquierdo extendido al máximo para tomar una esférica y caer de espaldas al home, voltearse con la rapidez del gato y lanzar a la segunda base para poner

fuera de circulación al corredor quien se había separado de la almohadilla pensando que la pelota seguía al jardín izquierdo.

Lo hice en el estadio del River Plate, en Buenos Aires, cuando se enfrentaban las selecciones de Checoslovaquia, una república de Europa Central que existió de 1918 a 1992, y Argentina. Le dieron la pelota en el arco a Diego Maradona, quien se vino con “la pelota pegada a los botines” con el público gritando “... ole...ole...ole...” cada vez que se quitaba de encima a un jugador enemigo. A uno le hizo un “sombrecito” una vez que se colocó de espaldas para tomar la pelota y seguir con su faena. Al final un gol increíble.

Pero, de la misma manera me gocé los juegos por televisión en donde Vizquel era el protagonista. Aquellos en donde hasta sus compañeros salían de la cueva y se alineaban para hacerle reverencias tras una jugada de altos kilates. Esas también me las gozaba yo en mi casa.

De 4 pm hasta las 5 pm comenzaban los entrenamientos y Vizquel esperaba que la pelota saliera del bate de Flores Bolívar, el guante al ras del suelo, por detrás del cuerpo con las piernas separadas y lo hacía una y dos y hasta diez veces. Luego hacia adelante, con la tranquilidad y la paciencia del indio. Los tiros eran impecables, al pecho del inicialista. Cualquiera que se paraba ahí, en la primera base, solamente se limitaba a sonreír por los movimientos de Vizquel.

Después, una de mis preferidas, cuando venía la pelota se paraba enfrente y le ponía la punta del pie derecho, la pelota subía casi que pegada a su cuerpo y se metía en el guante. No

supimos nunca cómo llegaba, si antes o después de pasar la cintura, si la dejaba subir y la atrapaba arriba a la altura de sus ojos, o, si por el contrario, la encontraba en el pecho.

Los ojos no daban espacio para tanta rapidez, lo cierto es que Vizquel lo hizo una y otra vez, muchas veces, quizá como perfeccionando la jugada, se burlaba de él mismo cuando la pelota tardaba más de lo debido en llegar a su guante. Pero al fin llegaba y completaba la jugada con un tiro certero.

La de tomar la pelota con la mano derecha también era una diversión tanto para él como para nosotros. Bolívar la soltaba para que rebotara con *bounds* altos, y de nada valía que la pelota en el último instante saltara a la izquierda o derecha, pues Vizquel la tomaba con la mano derecha y la soltaba con su energía de siempre.



Con su sonrisa permanente en todas las etapas de su vida.



Elegancia

Nos limitábamos a sonreír y él parecía disfrutar no solamente con lo que hacía, sino quizás observando de reojo que estaba un grupo de comunicadores sociales admirando las destrezas. Muchas veces lo vi ensayando los outs forzados en la segunda base, o el inicio de una jugada de doble matanza con el segunda base Édgar Cáceres, quien se instalaba en esa posición. El asombro venía porque Vizquel atrapaba la bola y se la entregaba a Cáceres desde unos 10 metros, sin siquiera mirarlo y la pelota estaba siempre en el pecho de Cáceres.

La hacía 20, 30 y hasta 40 veces, hasta que el bate de Flores Bolívar no aguantaba y pedía un descanso para poder seguir unos minutos después. Era ahí cuando entraba Alvis Cedeño con sus palabras filosóficas, que muchos no sabíamos de dónde salían. “Semejante

perfección requiere de una práctica incesante, que se haga a diario, que se coma, que se digiera. Me imagino que se sabe de memoria cuántos centímetros mide su guante, que sabe cuántos rebotes dará una pelota cuando escucha el sonido al pegar con el bate y que memoriza eso hasta cuando posa su cabeza en la almohada cada noche. Me imagino que esa tarea no termina y que comienza un nuevo ciclo cuando abre los ojos en la mañana. Debe desayunar, almorzar y cenar con el guante puesto”, especulaba.

Cáceres era un infielder que llegó a las Grandes Ligas a los 31 años de edad, con los Reales de Kansas City, jugó solamente ese año en las mayores. Es decir, como comentamos en Venezuela, fue se tomó un café y regresó. Aun así, con los Leones del Caracas mostró siempre calidad a la defensiva. Él siempre me dijo que se sentía cómodo con Vizquel. “Es el mejor”, contestó cuando le pedimos una opinión acerca de su compañero. “Sencillamente hace las cosas tan fáciles que nuestro trabajo no requiere mayor esfuerzo”, comentó.

Me indicó en alguna oportunidad que Vizquel fue quien comenzó eso de lanzarle la pelota sin mirar. “Una vez me gritó, ‘mira esta’ y la tiró una vez que la tomó, sin mirarme y la pelota llegó a mi guante fuerte, tan fuerte que me hizo reír, porque jamás vi algo semejante, ni en las menores, ni en Venezuela, ni en mi corto camino en las Mayores”, relató.

Muchas veces lo vi en Cleveland, cuando jugaba con los Indios, fildear hacia adelante con la mano derecha y sacar el out con tranquilidad y muchas otras veces sus compañeros salían a hacerle reverencia mientras el enemigo se iba a la cueva.



No todo es bueno

Pero descubrí en un torneo que Vizquel podía cometer errores. Fue en febrero de 1988, en la Serie del Caribe que se realizó en el Estadio Quisqueya de República Dominicana. Fue un mal recuerdo, porque era la primera vez que yo ponía en duda la calidad de ese guante. Claro que el tiempo hizo que me olvidara de aquel pensamiento, además, mostró que era humano y que cualquiera puede cometer un error.

Recuerdo ese evento porque cuando abordamos, en el Aeropuerto Internacional de Maiquetía la nave que nos llevaría a Quisqueya, en plena pista, las autoridades hicieron que el avión regresara al terminal. Yo estaba sentado en los primeros puestos junto a Alvis Cedeño y nos percatamos de que las puertas que conducen a la cabina del piloto y copiloto estaban abiertas.

Mi memoria lo tiene grabado porque en anteriores viajes los integrantes de conducir el avión siempre cerraban las puertas y era imposible ver con detalle el manajo de botones que tiene una cabina. “Pareciera que vamos a filmar una película”, me dijo Alvis.

Pero observamos que no se decidían a levantar vuelo. “Aquí pasa algo y es muy grave, ya me asusta la cosa”, me dijo Cedeño cuando pasaron unos cinco minutos y no arrancábamos. “O será que nos iremos rodando y estamos esperando la orden”, le dije en son de broma en busca de tranquilizarlo o más bien tratando de encontrar un camino para poder respirar con tranquilidad, porque de verdad me asustaba la cuestión.

Escuchamos claramente cuando les ordenaron regresar al terminal y de verdad que ahí empezamos a temblar. Y fuimos de los primeros en bajar de la nave, lo hicimos rápidamente. Después supimos que había una amenaza de bomba en los maleteros, una llamada anónima hizo que se abortara todo.

Por supuesto que era una noticia y enseguida llamamos a la redacción y notificamos lo sucedido. No eran tiempos de tuit ni de celulares, por lo que había de encontrar un aparato de la Compañía de Teléfonos de Venezuela en la zona internacional. El avión fue llevado al medio de la pista y me imagino que suspendieron muchos vuelos.

Fue revisado minuciosamente, y tras unas cuatro horas de estadía, se percataron de que no existía dicha bomba. “Falsa alarma”, me dijo el periodista Domingo Álvarez, quien iba en la misión y como parte de la directiva de la Liga Venezolana de Beisbol Profesional.

Recuerdo que no abordamos el avión por segunda vez por el túnel, sino que un bus nos llevó hasta el medio de la pista donde estaba aparcada la aeronave.

Ahí sucedió algo gracioso, claro, al final todos nos reímos, pero al principio el nerviosismo fue el protagonista principal. Uno de los guardias que revisaba las maletas esparcidas en la pista preguntó en alta voz por el propietario de un bulto del cual salía un ruido semejante a un tic tac. Apareció una señora toda asustadita ella y abrió la maleta. Un enorme reloj se dejó ver y todos respiramos tranquilos.

El Caracas venía de ganar la serie final ante los Tigres de Aragua. Era fácil recordarlo porque el primer juego de la última instancia fue dominado por Aragua. Un lanzador importado, Steve Ziem pintó de blanco a los felinos de la capital. Pero el Caracas fue capaz de reaccionar para llevarse el trapo campeonil y reservar los puestos a República Dominicana. Recuerdo claramente que el Caracas ganó en el sexto compromiso por 7-3, con Ubaldo Heredia y Gilberto Marciano en plan estelar y Antonio Armas con un jonrón de tres carreras que terminó de comprar los pasajes a la Serie del Caribe. Aragua era un equipo temible, en mi libreta están anotados Oswaldo Olivares, Rafael D'Lima, Leonardo Hernández, Jesús "Chalao" Méndez, Álvaro Espinoza y Germán "Pichón" González. ¡Pura crema!

Pero los Leones habían armado un equipo muy fuerte en la ronda eliminatoria. Allí estaban Andrés Galarraga, quien se había establecido con los Expos de Montreal; Jesús Alfaro, rendidor siempre en la pelota local; Antonio Armas, el jonronero y el gran prospecto del short, Omar Vizquel. Los capitalinos recibieron una grata sorpresa

ese año: Oscar Azócar fue convertido en jardinero por los Yankees de Nueva York y el zurdo mostró su versatilidad al batear .359 puntos en la clase A de ese equipo. Con el Caracas ese año ligó para .291.

Por supuesto, contaron con Donnel Nixon y Lloyd McClendon, quien ese año jugó para los Rojos de Cincinnati. Un equipazo pues. Pero muchos de ellos no fueron a la Serie del Caribe. Caracas mostró una cara aceptable desde el cerrito de lanzadores. Casualmente lanzaron Miguel Ángel García y Ubaldo Heredia, quienes venían de debutar en 1987 en las mayores con Angelinos de California y Expos de Montreal, respectivamente.

García era un zurdo que debutó en las Grandes Ligas el 30 de abril de 1987, mientras que Heredia, lanzador derecho, tenía 31 años y pensó quizá que no vestiría un uniforme de las Mayores. En ese año Heredia debutó con una derrota –su única decisión en esa instancia– ante Bravos de Atlanta. Pero fue el serpentinerero ganador que le dio el título al Caracas. Con Vizquel como el campo corto de todos los días del mánager Bill Robinson.

“Estamos muy contentos, es una alegría inmensa”, me dijo Flores Bolívar, ayudante de Bill Robinson, quien fue contratado extrañamente por el Caracas en vez de repetir por Bill Plummer, el dirigente que había llevado a los Leones al título en la campaña anterior.

Robinson, estadounidense, jugó con Bravos de Atlanta, Yankees de Nueva York, Filis de Filadelfia y Piratas de Pittsburgh entre 1966 y 1982. Fue jardinero. Él mismo me contó, cuando visitó Venezuela para dirigir a los Leones, que sumó tres anillos de Serie Mundial, con los Piratas en 1979 y como técnico en 1986 con los Mets y en

2003 con los Marlins. Me lo contó unas vez tras dictar una clínica en la Universidad Simón Bolívar, ubicada en el Valle de Sartenejas en Baruta.

Fue el primero de los cuatro ponentes que tenía el evento y alguien me dijo que él quería irse al hotel. Yo me ofrecí y en el camino conversamos de muchas cosas, del equipo, de la familia, que le gustaba regalar flores a su esposa, y que había tenido suerte en el beisbol, pues tenía los tres anillos de finalista.

Una vez me encontré a Óscar Prieto Párraga y conversamos de medicina, recordando que es odontólogo, pero llegamos a lo del beisbol y me dijo que Robinson había muerto en Las Vegas. Tenía 64 años. “Trabajó como analista de la pelota para una cadena informativa y además grabó varios videos, con los cuales enseñaba a los niños a jugar beisbol”, me comentó.

En ese equipo, junto con Bolívar, estaban las leyendas Manuel González y Pompeyo Davalillo, además de Freddy Medina, como sopor-tes técnicos del moreno estadounidense. “Ojalá tengamos suerte y éxito en Dominicana, nos hace falta una corona del Caribe para redondear un buen año”, me dijo Bolívar.

Enseguida le pregunté por Omar Vizquel. “Tiene que mejorar con el bate si quiere llegar”, contestó rápidamente. Bolívar se paseó por el historial del torpedero caraqueño y me recordó que Vizquel venía de una campaña para reflexionar. “Si le sigues la carrera a Omar, te darás cuenta de que en el norte no estuvo del todo bien con el guante, lo que es preocupante porque es su mejor arma”, comentó.

Me redondeó que Vizquel fue enviado a una liga clase A fuerte, después de trabajar en una denominada del Medio Oeste de menor rango. “Lo colocaron en un equipo llamado Salinas y su promedio con el guante bajó mucho, de .963 se fue hasta .938 que no es considerado bueno”, recalcó. Pero le hice ver que no era como para preocuparse, porque había mejorado con el bate.

“No, nada que ver. En la organización le tienen confianza y con seguridad le darán la oportunidad el venidero torneo; porque eres testigo de la forma cómo se desenvuelve en el terreno. Es un guante casi que seguro. El mánager Robinson le tiene respeto, pero siempre lo coloca de noveno bate, que en un short no es lo ideal”, recalcó Bolívar.

Ya en la capital dominicana, los Leones del Caracas enfrentaban a los enemigos de Puerto Rico, México y República Dominicana en lo que sería la serie número 30 de la historia. No sé si Bolívar era profeta, pero era un perfecto hombre de beisbol, conocía a fondo el juego y era un estudioso de todos y cada uno de los peloteros. Podía describir las cualidades de cada hombre del róster y hacer una alineación de velocidad, otra basada en la fuerza y otra en una combinación de ambas.

En la inauguración de la Serie del Caribe, Caracas enfrentó al campeón de Puerto Rico, los Indios de Mayagüez, era el 4 de febrero del año 1988. Y en el tercer episodio los boricuas anotaron una. Ellos presentaron una alineación en donde el primer bate era John Cangelosi y el cuarto tolete, Bobby Bonilla, ambos estaban comenzando sus carreras de la liga grande con Piratas de Pittsburgh y los entendidos creían que serían par de estrellas en un plazo corto.

Cangelosi bateó ese año cuatro jonrones y era un buen corredor de bases, había estafado 21 en las Mayores. Y Bonilla, cuyo nombre de pila es Roberto Antonio, venía de su segunda campaña en las Grandes Ligas, también con el uniforme de los Piratas de Pittsburgh ligó 15 jonrones dentro de sus 141 imparables, remolcó 77 en 141 encuentros y era considerado un prospectazo en ese momento con 24 años de edad.

Por eso, cuando en el tercer episodio de Mayagüez, Cangelosi soltó un rodado por los predios de Vizquel y el torpedero criollo pecó para que el bateador llegara tranquilo a la inicial, quienes estábamos en el palco de prensa nos miramos presagiando lo peor. El Caracas había mostrado un receptor, Troy Afenir, quien no calzaba las condiciones para la calidad de pelota que se jugaba por esos años. Por supuesto que el corredor salió a la conquista de la intermedia y lo logró. A pesar del esfuerzo de Vizquel ante el tiro de Afenir.

Entonces Bonilla se instaló en el home para enfrenar al que a la postre sería el perdedor, Tom Edens. Lo que vino nos puso nerviosos. El sepia toletero disparó un sencillo a la parte izquierda del terreno y aunque el jardinero Oscar Azócar atacó la bola y la soltó temprano al home, el esfuerzo no sirvió pues Puerto Rico anotaba su primera carrera.

Un pecado lo comete cualquiera, llámese Derek Jeter, Oswaldo Guillén, Cal Ripken u Omar Vizquel. Por eso tomé las cosas con calma. Hubo algunos comunicadores sociales que empezaron con comentarios adversos hacia Vizquel, pero, repito, un error lo comete cualquiera. Solamente quienes están en la cueva no los cometen. En el octavo capítulo Vizquel volvió a mostrar que no solamente

podía cometer un pecado, sino que sumó otro. Recurrí a mi libreta de anotación, ahí estaba reflejado que los Indios tenían tres en base cuando Ray Palacios conectó sencillo que remolcó una, y después Luis Rivera la rodó por el territorio de Vizquel, quien pecó para una rayita más.

En esa entrada lanzaron Antonio Castillo, Amalio Carreño y Miguel Ángel García. Los Leones cayeron por 4-1. En la salida del juego me tomé un café con Flores Bolívar, quien reflexionó que “no es normal que un jugador cometa par de pecados en un juego, menos Vizquel, quien a mi manera de ver posee uno de los guantes más seguros del beisbol”, se me adelantó al presentir la pregunta que venía.

Le expliqué que había revisado los números defensivos de Vizquel con el equipo Salinas y sumó 24 errores en unos 400 intentos. “Esos números no son la excelencia, como te dije, tiene que mejorar en la ofensiva y trabajar más fuerte la defensa”, recalcó.

“Un campo corto no es solamente fildeo, tiene que reunir varias cosas, como la inteligencia para dominar el infield, ser dueño del terreno porque es quien observa las señas del receptor y sabe el terreno por el cual puede batear un jugador, tiene que tener la memoria para estudiar cada bateador”, explicó Bolívar, quien se despidió con un: “Mañana será otro día y esperamos ganar para borrar esta derrota y ojalá le vaya bien a Omar”. Al siguiente día las cosas tampoco fueron buenas para Vizquel. Caracas enfrentó al anfitrión Leones del Escogido, dirigidos por Phil Regan y quienes tenían en su alineación a Nelson Liriano, Félix Fermín, Gerónimo Berroa y Luis de los Santos, además del veterano Rufino Linares.

En la quinta entrada, los de Escogido perdían por 5-3, y Ubaldo Heredia, quien lanzaba por Caracas, fue víctima de tres rayitas, amparadas en un pecado de Vizquel. En la libreta lo anoté. Luis Pujols abrió con sencillo y Luis Polonia la rodó por segunda, el camarero Alfredo Pedrique se la pasó a Vizquel, pero éste dejó caer la bola y quedaron hombres en primera y segunda. Después, un error de Heredia ante batazo de Nelson Liriano dejó tres dominicanos en base.

Enseguida Stanley Javier dio doble que trajo dos y la otra entró por un rodado al cuadro que sirvió para doble matanza pero que trajo a Liriano. La cuestión no pasó del mal rato, porque en el cierre de ese capítulo el Caracas fabricó tres para dar las cifras definitivas al choque, que significó la primera victoria para los venezolanos. Los acusadores de oficio se quedaron quietos porque casualmente ese partido pasó a la historia porque significó el juego donde se cometieron más errores en la historia de la Serie del Caribe, con una decena.

Vizquel, Félix Fermín, Luis Salazar, Luis de los Santos, Efraín Valdez y Ubaldo Heredia cometieron uno cada uno, mientras que Nelson Liriano y Junior Noboa pecaron en dos oportunidades. Los comentarios adversos aumentaron en el choque contra Potros de Tijuana, de México. Caracas y Tijuana lucharon por espacio de 14 entradas empatados a una carrera por lado. Los mexicanos eran anfitriones.

Ese capítulo 14 encontró al zurdo Miguel Ángel García en el morrito de los Leones, quien sacó los dos primeros outs, pero Luis

Perezchica sonó doblete y el mánager Robinson ordenó las cuatro malas para Matías Carrillo. Pedro Balzán le negoció pasaje a García y el refuerzo Mike Ramsey apareció en el home.

Ramsey era un utility con siete años de experiencia en las Mayores. Jugó con Cardenales de San Luis, Expos de Montreal y Dodgers de Los Ángeles. No era un bateador de altos porcentajes, pero el mánager Regan lo tenía como primero en la alineación.

Ramsey la rodó por el medio del campo y ahí apareció Omar Vizquel. Todos en el palco de prensa del estadio Quisqueya nos alegramos porque con dos outs en la pizarra y tres en las almohadillas, cualquier base era posible para un fuera forzado y comenzar el decimoquinto capítulo. Además, con tres pecados en par de juegos, parecía casi que imposible que Vizquel se metiera en la historia con otro más en su haber.

En la novena, Vizquel se había colocado el traje de héroe cuando anotó la del empate para obligar a un extraentradas. Abrió con un triple por la derecha ante una de las leyendas del pitcheo de todo México: Jesús "Chito" Ríos. Fue un batazo bestial que pegó de un rebote en la pared y que el jardinero Ramsey no pudo tomar en las primeras de cambio. Cuando la entregó al corte, ya Vizquel estaba entrando a la antesala. Después Joe Mikulik sonó sencillo ante el relevista Javier Carranza, que puso a Vizquel en el hogar para felicidad venezolana.

El juego, además de largo, fue detenido en varias oportunidades, porque en República Dominicana en esa época había problemas con la electricidad. Los apagones eran comunes. Eso incrementó el

tiempo y entonces bromeábamos en el palco de prensa mientras esperábamos el fluido eléctrico. Repasábamos los juegos anteriores, la forma como el Caracas había llegado a la Serie, lo del viaje. A eso uníamos los comentarios acerca de los sitios donde hacíamos las comidas, desde donde enviábamos los reportes y, por supuesto, los lugares donde nos reuniríamos tras observar los juegos.

Inclusive, hasta daba oportunidad de bajar a la cueva de los equipos a conversar con jugadores y técnicos, para repasar lo sucedido y enviar los comentarios más completos. Mientras recordábamos todo eso, la pelota daba rebotes por el engramado en dirección al guante de Omar Vizquel. Todos, lo juro, estábamos listos para seguir sentados en el palco de prensa viendo el juego de pelota. Pero la esférica no siguió dando rebotes, sino que se deslizó en el terreno, empezó a acariciar la tierra del estadio, con velocidad y rozó apenas el guante del torpedero felino, ante la desesperación de casi 600 o más venezolanos, los cuales se reunieron para ver el choque.

Vizquel volteó a ver cómo la pelota se internaba en el jardín izquierdo y el defensor de esa posición, Luis Salazar, la tomaba también angustiado pero a sabiendas que era imposible poner fuera de circulación a Perezchica. Ganaron los Potros, en choque que duró casi cinco horas.

En la segunda ronda del torneo, el Caracas cometió cuatro errores ante Potros de Tijuana y lo de Vizquel no fue tan notorio porque, en colectivo, los cuatro equipos participantes llegaron a 47 errores en la serie, cifra récord para la competencia. En el torneo Escogido sumó 20 pecados, Caracas

13, mientras Mayagüez y Tijuana adicionaron 7 cada uno. Esa cifra borró el tope de 43 pecados lograda en 1950 cuando la Serie del Caribe se realizó en el estadio Sixto Escobar de Puerto Rico, en la segunda edición.

Cuando llegamos al aeropuerto para iniciar el periplo de regreso, busqué a Flores Bolívar para comentar la serie. Le dije que ciertamente la actuación de los Leones se acercaba a las fronteras de la decepción. “Tienes razón”, afirmó y me explicó que quizá lo de ser favoritos o segundos favoritos fue una de las cosas que los jugadores debieron soportar. “Escogido era el principal favorito, de eso no caben dudas, tenían las figuras que todo un equipo requiere y además estaban en casa, apoyados por el público”, recalcó.

“Pero la defensa nuestra no funcionó, hicimos muchos errores y se nos cayeron los guantes que necesitábamos en el momento oportuno, si cometes errores y no te anotan no se nota, pero si eso se traduce en rayitas, la cosa es fatal”, explicó.

Bolívar no se apuró en dar nombres o posibles culpables y tampoco se lo pregunté, pues en algunas otras oportunidades me había dicho que se debe funcionar como equipo. “Cuando ganamos o perdemos, lo hacemos en colectivo”, rezaba. En todo caso la ofensiva no funcionó:

“No ligamos en el momento oportuno, no dimos el batazo cuando se necesitó y de ahí la debacle”, se rindió. Caracas no funcionó, ya sea por los errores de Vizquel o la falta de batazos. Se notó cuando ninguno de los miembros del equipo de la capital venezolana fue escogido para conformar el Todos Estrellas del evento.



Se fue Gonzalo, llegó Omar

La temporada 1984-1985 es casi que imposible de olvidar. Ese fue el año en que Omar Vizquel apareció por vez primera en el roster de los Leones del Caracas. Tiburones de La Guaira ganaron el título ante los Tigres de Aragua, corona que repetirían en la siguiente campaña, ante el Caracas. Y el 20 de diciembre de 1984 falleció el toletero Gonzalo Márquez en un accidente automovilístico.

Miren que es imposible de olvidar, porque los Leones terminaron en el sótano en esa oportunidad. Esa campaña la viví después de observar los Juegos Panamericanos, realizados en la capital venezolana el año 83. Además el 84 fue excelente para los zulianos, Luis Aparicio fue exaltado al Salón de la Fama y el torneo se jugaría en su honor, Zulia venía de ser campeón en Venezuela bajo el mando de Rubén Amaro y además ganó la corona del Caribe. El equipo

de baloncesto, Gaiteros del Zulia, ganó el torneo profesional de ese año y la zuliana Carmen María Montiel fue electa Miss Venezuela. Para nada, ni nadie dejaron los zulianos.

Hace unos meses hablaba con Oscar Prieto Párraga y le pregunté por la peor campaña que lograron los Leones en su historial. “Es imposible olvidar la 84- 85”, me contestó sin titubear. “Salvo un par de cosas, la campaña fue terrible”. Se remontó al día inaugural de esa campaña, casualmente ante el equipo zuliano que estaba en defensa del trapo campeonil. En su casa. Con el público a su favor, con jugadores, técnicos y comunicadores sociales con el ego por el cielo. “Perdimos ese juego, nos dejaron en el campo con un hit de Leonel Carrión”, rememoró.

“Entre octubre y noviembre ganamos 11 juegos y perdimos 21, por supuesto que no salimos del último lugar. En diciembre, de 20 ganamos solamente 8 y para colmo, el mánager que contratamos, Buck Rodgers, fue nombrado estratega de los Cerveceros de Milwaukee, tuvo que retirarse y en su lugar quedó Pompeyo Davalillo”, recordó.

Ese fue el año en que Antonio Armas quedó campeón jonronero e impulsor en la Liga Americana. El portador del número 20 llegó el 16 de diciembre, para llevar fanáticos a las gradas, porque no todos los días se ve un líder jonronero de las Mayores con un uniforme local. “Pero cuatro días después jugamos contra el Magallanes y de regreso Gonzalo se mató en un accidente, lo que anímicamente nos pegó a todos. Terminamos a más de diez juegos de desventaja”, se lamentó.

“Buena fue la llegada de Vizquel, de quien no sabíamos que sería uno de los mejores exponentes del Caracas. Claro está, pero con su accionar, nos dimos cuenta de que sería un astro en los años que nos venían de frente”, se reconfortó. Ese equipo tenía en su nómina a los lanzadores Urbano Lugo, Amalio Carreño, David Mosquera, Ubaldo Heredia, Julio César Strauss y Miguel Ángel García. A los infielders Andrés Galarraga, Jesús Alfaro, Édgar Cáceres, Pablo Moncerrat, Héctor Rincones y Pedro José Chávez, además de los jardineros Jorge Uribe y Antonio Armas. Y, por supuesto, el novato Omar Vizquel.

Pero, ciertamente, la campaña de 1986-1987 fue cuando Vizquel se adueñó totalmente del short en los Leones. Sucedieron muchas cosas, las cuales son difíciles de olvidar. Ese fue el año cuando Vítico Davalillo sonó su hit 1.500. Fue el 3 de diciembre de 1986 y lamentablemente yo no estaba en el estadio. Además, para colmo de males, el choque no fue televisado y tampoco hay un legado audiovisual de ese momento

Fue el torneo donde Urbano Lugo cerró la campaña con un encuentro sin hits ni carreras ante los Tiburones de La Guaira y Vizquel, de 19 años, debió enseñarle a Héctor Rincones que era el encargado de suplirlo en el short. Lentamente Plummer lo ponía a jugar, hasta que Rincones fue relegado al banco.

Ese torneo sirvió para que el técnico Antonio “Loco” Torres fuese despojado del uniforme caraquista. El gerente general de la divisa, Oscar Prieto Párraga, lo observó regalando pelotas a los aficionados y discutieron mucho, por lo cual fue despedido. Se le consideraba uno de los mejores fongos del mundo, además de ser un símbolo del club.



Atento siempre a los consejos del caballero Gonzalo Márquez.



Dame el 23

Los números que usan los peloteros y ciertos deportistas tienen un significado especial. Por eso muchos de ellos exigen a los clubes que les den ciertos dígitos. Usted nunca verá a David Concepción con otro número diferente al 13, al igual que Oswaldo Guillén. Los números hasta se comercializan. Las franelas que se venden en el mercado tienen el número de los principales jugadores, por ello los fanáticos las adquieren. Cuando Vizquel llegó a los Medias Blancas de Chicago en la campaña del 2010, quería el 13, pero era propiedad de Oswaldo Guillén. “Está comercializado, de lo contrario se lo diera para que le rinda homenaje a David Concepción”, contestó el entonces mánager de los patiblancos.

En su entrada a la cueva de los Leones, por vez primera, el encargado de recibirlo fue Jacinto Betancourt, a quien apodaban “El Loro”

porque caminaba con la punta de los pies hacia adentro. “El Loro” me contó que cuando llegó el Chico Carrasquel a los Leones fue él quien lo recibió y entonces el Chico empezó a ver los números en un intento de encontrar uno de su agrado. “¿Cuántas letras tiene tu nombre?”, le preguntó El Loro al Chico. “A ver, tiene 17”, contestó el novato. “Entonces agarra la camiseta 17 y te vas a entrenar”, le dijo el cuidacuartos de ese entonces. Fue de esta manera como el Chico se adueñó de esa camiseta.

Los números dorsales son sagrados, por eso usted puede identificar a Babe Ruth con el 3, a Lou Gehrig con el 4, Joe DiMaggio con el 5, Roger Maris con el 9 y Mickey Mantle con el 7. Al igual que el recién retirado Mariano Rivera, con el 42. Usted puede identificar a Hank Aaron con el 44, o a Roger Clemens con el 21.

El 21 en el Magallanes lo usó Luis “Camaleón” García; el 23, el “Látigo” Chávez, y el 15, Félix Rodríguez. En los Tigres de Aragua el 13 era de David Concepción, el 18 del “Chalao” Méndez y el 47 de Rossman García. Nadie los puede usar, al igual que el 11 de Luis Aparicio, que no puede ser tocado en ningún equipo de la Liga Venezolana de Beisbol Profesional, como un homenaje al único venezolano miembro del Salón de la Fama en la pelota de Grandes Ligas.

Todos esos números tienen un significado especial para cada jugador. 8 son las letras del nombre de Luis Sojo, 14 las letras que componen el nombre de Gustavo Polydor. Una vez le pregunté al infielder Norman Carrasco, de los Tiburones, la razón por la cual usaba el 5. Me contestó que cuando llegó le dieron el 52 y él lo sintió “muy pesado”. Cosas de peloteros, entonces lo cortó y usó el 5.

En las Mayores ningún lanzador usa un número de un dígito. Cuando Vizquel entró a la cueva felina, también fue recibido por “El Loro” Betancourt. “Cuando me le presenté para que me atendiera, me dijo: ‘entonces novatico’ –pero sin ánimo de maldad–. Le pedí el uniforme y antes de exigir número, me dijo que el 1 era de Pompeyo, el 2 de Vitico, y así sucesivamente todos tenían dueño, Márquez el 6, Tovar el 12, el 17 nadie lo podía usar pues era del ‘Chico’, el 20 de Armas, hasta que quedó el 23” –me contó Vizquel un día–. Por supuesto que la tomó. No sabía que con el tiempo, esa camiseta sería una de las más comercializadas por los Leones, y además, con su retiro, el equipo inmortalizó ese número, y nadie más podrá utilizarlo.



Momento cuando el Caracas retiró su glorioso número.



Que mentira tan grande

Venezuela cuenta con muchos deportistas grandes, de alto calibre, además con grandes cultores, músicos, artistas, escritores. Pero en la vida encontré a alguien que se daba el lujo de mentir con gran facilidad. El mentiroso más grande de Venezuela. Así lo calificué. Trabajó conmigo en una redacción periodística y como sabía de mi admiración por los deportes, siempre se acercaba para conversar de la actividad, pero específicamente de la pelota.

Como lo conocía de hombre letrado, de un ser culto y serio, que ambas calificaciones pueden vivir separadas, le creí siempre, José Pulido. Un periodista, escritor, hombre de grandes cualidades literarias. Pero, como dije antes, el más grande mentiroso que vivió en mi historia. Se me acercaba y me empezaba a hablar

del beisbol. “Mi afición por los Leones es grande y lo mejor es que yo viví junto a ellos muchas de esas cosas, porque yo formaba parte del equipo”, me dijo un día.

Enseguida empezó a darme datos: “Yo era parte del grupo de técnicos que trabajaban para la organización, me encargaba de enseñar a los jugadores de cuadro interno, todo porque en mi juventud estuve a punto de firmar con los Yankees de Nueva York, pues jugaba en mis tiempos juveniles con la selección de Distrito Federal”, me dijo y yo visitaba mi memoria en busca de ese personaje y por más que intenté no lo encontraba.

Hacía movimientos como cuando un jugador atrapa la bola tras un rodado y lanza a primera o a segunda base. O cuando le entregaban la pelota y hace un pivot para completar una doble matanza. Tras tal enseñanza que no cabían dudas en mi mente que Pulido había jugado en alguna oportunidad al beisbol.

Un día se me acercó y me dijo: “Una de las fechas más memorables de mi vida fue el 4 de noviembre de 1972. Ese día estaba en el estadio y Caracas enfrentaba a La Guaira, y Antonio Armas sonó su primer jonrón, el primero de los 97 que daría en Venezuela”. Me asombré de tanta exactitud, porque me dijo además que él estaba en la cueva de los Leones.

“Me acuerdo porque era un novatico flaco como un espagueti, pero trabajábamos la fuerza, hablaba bien feo, porque además de oriental era como tímido”, me decía Pulido. “El batazo se lo dio a un lanzador derecho llamado Ken Forsch y la pelota cayó bien lejos en el jardín izquierdo”, narraba.

“Después, cuando le daba la vuelta al cuadro, me miraba y me daba las gracias, pero mi trabajo era poco. Le había enseñado algunas cosas del bateo, pero eso le ayudó. Es más, cuando terminó el juego se me acercó y me regaló el bate, un recuerdo que tengo en mi casa”, afirmó. Me quedé perplejo y mi admiración por Pulido aumentó cada día.

Pulido me dijo además que el lanzador Forsch lo llamó aparte una vez que terminó el juego y le dijo que ese muchacho tenía una fuerza descomunal, que lo cuidara y le enseñara detalles del bateo. “Yo nunca lo descuidé”.

“Armas siempre se me acercaba y me pedía consejos, yo le cuidaba mucho, porque sabía que era un diamante en crecimiento, recuerdo que ese año jugó en la clasificación A, donde bateó 9 jonrones”, me decía con exactitud. Yo buscaba en los libros y me percataba de que era verdad lo que decía: “Lo que pasa es que mi cargo no era de nómina, sino que era como una lista aparte”, explicaba Pulido.

Seguía dándome datos: “El 5 de noviembre del 74 Vitico Davalillo dio su hit numero mil. El 23 de noviembre del 1976 Armas dio dos jonrones, esa vez fue ante el Zulia”. Hasta que llegó al tema donde yo quería llegar un día. Le pregunté por Omar Vizquel. “No recuerdo exactamente la fecha cuando llegó al Caracas, creo que fue en 1984, yo sí sabía de su existencia, porque en el sector juvenil la gente hablaba de él mucho y además yo me la pasaba en torneos de los Criollitos y lo vi jugar muchas veces, tenía pimienta, pasión para jugar”, recordó.

“Lo que sí es verdad es que una vez, como un año antes de la firma, me encontré a un señor llamado Orlando Martínez, quien trabajaba para los Marineros de Seattle, y con quien hice amistad. Él sabía que yo estaba muy pendiente de los jugadores aficionados y siempre le daba datos”, me confesó Pulido.

“Le dije un día que tenía a un muchacho que jugaba en el este de Caracas, lo fuimos a ver y a él le gustó, le conseguí la dirección y visitó a sus padres entonces lo firmaron”, me contó. Desde ese momento Pulido –según me afirmó– fue el encargado, por orden de Martínez, de enseñarle cuestiones básicas del beisbol al recién firmado pelotero: “Me lo llevaba a un terreno que queda por la urbanización San Luis y le daba rodados y le enseñaba a fildear, la forma en cómo debía atacar la bola y lanzar a la segunda y primera. Luego hacíamos un entrenamiento de bateo o en ocasiones nos íbamos a máquinas de bateo que estaban en un centro comercial o en un polideportivo ubicado en Macuto, que llamaban El Pavero, cerca de La Guaira”, me decía.

“Tenía pocos defectos, pero los trabajamos mucho. Él se iba a jugar a Estados Unidos y cuando regresaba me buscaba y seguíamos trabajando, pero yo estaba en la cueva de los Leones”, comentaba con energía. Pulido era tremendo pelotero cuando joven. Me contó que en la temporada de 1987 vino un estadounidense llamado Donnel Nixon: “Una gacela, ese corría durísimo, nadie lo igualaba, y entonces todos en el equipo sabían que yo tenía un brazo poderoso y retaron a Nixon, la idea era que batear un rodado por el short, donde yo estaba y tenía que sacarlo out en primera”, empezó su cuento.

Me aclaró que les dijo que estaba ya retirado, que el brazo no era el mismo, que no tenía tanta fuerza como cuando fue tentado por los Yankees: “Ellos me bromearon y hasta me tildaron de miedoso, que era mentira lo que decía de mis cualidades, y herido en mis sentimientos, acepté el reto”.

“El encargado de dar el rodado fue un técnico, Manuel González, si mal no recuerdo”, decía Pulido. “Me coloqué en el short, pero me bateó entre tercera y mi posición, casi imposible de fildearla, entonces vi cómo Nixon corría a la inicial, fui a buscar la pelota y en el hueco la atrapé, me volteé y giré el cuerpo, en el aire le di dos golpes al guante con la pelota y lancé con fuerza, lo saqué out por dos pasos”, me decía emocionado y yo más aún.

Nixon hizo una dupla excelente con otro importado, Dwight Taylor. Nixon logró la marca de más robos en una campaña. “La temporada que vivimos en 1988 fue grande, porque el 15 de noviembre iniciamos una serie de juegos ganados que sumó hasta 18. Fue una época brillante, el equipo estaba engranado y no teníamos en mente la derrota, puras victorias, y hasta en un momento determinado mi nombre se escuchó para ser la mano derecha del manager”, explicó.

“Pero yo no debía aceptar, porque tenía mis estudios por delante y quería escribir novelas y además había gente que estaba como más arriba en el organigrama y no podía pasar por encima de ellos”, dijo con visible humildad. En ese año Omar Vizquel estaba en las menores en la clasificación triple A. “Claro que lo recuerdo, clarito, porque cuando vino me trajo varios regalos, lo cual agradecí.

Pero le dije que no debía haberlo hecho. Me trajo un guante y unas franelas además de unos zapatos muy bonitos”.

Me habló del 10 de enero de 1980 cuando el Caracas derrotó al Magallanes por 16-2 para completar 14 juegos consecutivos sin derrotas en la serie particular, del jonrón número 20 de Baudilio Díaz, el 12 de enero de ese mismo año, ante el cubano-venezolano Aurelio Monteagudo de los Tiburones. “Yo estaba ahí, en la cueva de los Leones, a mí nadie me lo contó”, me decía.

Un día le dije que había invitado a Vizquel a la redacción para hacerle una entrevista, enseguida me dijo que me invitaba a tomar nos un café. Fuimos a un sitio cercano a la redacción y en medio de la conversación empezó a reír como loco. Pregunté acerca de esa actitud y me contestó después de llamar a varios de la redacción que, “yo no conozco a Vizquel, jamás le vi, todos los cuentos que te dije son invención pura y ellos lo sabían”, dijo refiriéndose a los muchachos compañeros.

“Todo eso era una mentira, un invento para disfrutar contigo”, me aclaró el mentiroso más grande que haya visto. Por supuesto que no había nada que perdonar, simplemente me limité a reír junto con el grupo. Al siguiente día, Omar Vizquel y Luis Salazar fueron a la redacción y realizamos la entrevista, al final paseamos por la redacción y Vizquel pudo conocer a su maestro, que jamás lo fue.



Difícil llegar a Cooperstown

Polémico, así puede uno decir que es Juan Vené, un criollo que nació en la capital venezolana y comenzó como reportero en junio de 1947. Entre 1949 y 1953, estudió periodismo y se graduó en la Escuela Miguel Márquez Sterling, de la Universidad de La Habana.

Trabajó en todas las fuentes del periodismo y en todos los medios posibles, además de escribir y ver publicados 19 libros. Desde octubre de 1960 se dedica especialmente al beisbol de Grandes Ligas. Este año Vené fue exaltado al Salón de la Fama del Beisbol Venezolano, gracias a los votos del comité histórico en la categoría de personalidad, con una decena de votos.

Vené fue reconocido por una trayectoria de más de 67 años como

reportero y cronista del beisbol. Anunció que donará al museo su colección personal de más de 5.000 piezas y unas 2.000 horas de grabación de video. “Hablan tan bonito de mí, que pensé ya me había muerto”, dijo en esa oportunidad el hasta ahora único venezolano con derecho a voto en el Salón de la Fama de Cooperstown.

Eso de ser el único venezolano que puede votar, mire que causa problemas, quizás porque Vené es –reiteramos– polémico, y porque se desvistió desde hace mucho tiempo de la investidura del fanatismo regional y defiende al deporte en exclusividad. Se le criticó en demasía porque anunció que no votará por Omar Vizquel cuando al torpedero le toque el turno para poder entrar al Salón de la Fama.

“Si hay alguno de los que hablan de ese asunto, quien haya visto jugar más a Vizquel personalmente de lo que lo he visto yo, lo respeto, pero de verdad que mientras no exista alguien que reúna esos criterios, no discuto ese tema”, respondió cuando se inició una conversación.

Aclara que Coopestown es un nicho para peloteros fuera de serie, como Derek Jeter “quien tiene no solamente un pie, sino los dos en el Salón, o el mismo Luis Aparicio”, contesta. Afirma que Vizquel jamás fue líder en los equipos donde jugó, no ganó jamás una Serie Mundial. ¿En cuántas series mundiales estuvo Vizquel, en qué equipo fue quien condujo a sus compañeros con un liderazgo?” Se pregunta.

“Los números son como el hilo dental, enseñan muchas cosas, pero guardan

lo esencial. Los números están ahí, pero son sus números, las estadísticas individuales, y este juego es en equipo”, reitera Vené. Dijo que respeta al pelotero: “Y conversamos mucho cada vez que nos vemos y tenemos la oportunidad. Él jugó con mis hijos al beisbol y por eso nos conocemos. De verdad que no hay nada personal en este asunto”.

“Yo estoy preparado para votar en el Salón de la Fama. Dije que Fernando Valenzuela no entraría. Lo dije en México y me sacaron de un periódico que le apoyaba. Igual lo dije de Galarraga y tampoco entró”, recuerda. Remata con algo importante: “Yo nunca dije que Vizquel no entraría jamás al Salón de la Fama lo que dije fue que yo no le daría mi voto, que son cosas diferentes”.



Impuso su alegría en todos los momentos de su actividad.



Seguridad a los diez años

A finales del julio de 1977 tuve la oportunidad de conocer a un personaje leyenda de la pelota venezolana, Alfonso “Chico” Carrasquel. Su hijo mayor, Édgar, es mi amigo y coincidimos en muchos sitios, pues a ambos nos gustaba el beisbol. Sucedió que ese día me invitó a tomarnos un café en las cercanías de Plaza Venezuela.

El personaje principal era su padre, era como una especie de sorpresa que me tenía mi amigo. Me dijo que había solicitado la presencia de alguien, pero nunca me informó el nombre. Así que nos sentamos y esperamos hasta cuando llegó el “Chico”. Tremenda sorpresa, una inmensa humanidad, una sonrisa grande y un caballero en toda la extensión de la palabra.

Por supuesto que para mí era un honor el estrechar la mano de quien escribió letras hermosas no solamente en la pelota local, sino en la de Grandes Ligas, Carrasquel. Fue el tercer venezolano en jugar en las mayores, tras su tío Alejandro Carrasquel y Jesús

“Chucho” Ramos. Debutó con los Medias Blancas de Chicago en 1950, con su debut el 18 de abril frente a los Carmelitas de San Luis. Ese día logró su primer hit frente a Ned Garver, de sus 1.199 imparables conseguidos en las Mayores.

Luego vistió los uniformes de Indios de Cleveland, Atléticos de Kansas City y Orioles de Baltimore. Retrocediendo en el tiempo y en uso de la memoria, recordé que fue ahí la primera vez que escuché hablar de Omar Vizquel. Pues el “Chico” venía de observar un juego en el Estadio Universitario que servía de sede del Campeonato Mundial de Beisbol Preinfantil, organizado por la Corporación Criollitos de Venezuela.

Dicho ente creó en 1966 la categoría preinfantil. Sucedió que para captar futuros dirigentes los directivos creyeron que atraer a los padres era una fórmula excelente, ya que los representantes estarían estimulados por asistir a ver a sus hijos y de ahí a morder el anzuelo de la dirigencia, era poco el camino. Ese año se organizó el torneo nacional infantil y varios peloteros recordaron ese evento con mucho cariño. Manuel Sarmiento, Oswaldo Olivares, Baudilio Díaz, fueron solamente tres de los protagonistas. Al siguiente año la acción se elevó y en 1970 se realizó el primer torneo juvenil de los Criollitos. Fue en Lagunillas, estado Zulia.-

En ese evento, mundial preinfantil, la reseña de los medios de comunicación fue muy buena, y tomaron en cuenta a un jonronero llamado Carlos Hernández, quien después jugó en Grandes Ligas con los Dodgers de Los Ángeles y Padres de San Diego y en Venezuela con los Leones del Caracas, equipo del cual sería mánager posteriormente.

A Hernández lo entrevistaron una vez que decidió un juego con jonrón por la barda de la izquierda. El mánager del conjunto había dicho que le dio seña de que tocara la bola y Carlos no hizo caso. “Me dio seña de jonrón”, contestó Carlos a los periodistas, cuando le preguntaron por la seña enviada. También jugó Omar Vizquel, un diminuto pelotero que seguía respirando beisbol por todos sus poros, al igual que en su casa, pues sus padres, Omar y Eucaris, lo impulsaron a dirigir sus fuerzas al diamante.

Me imagino, nunca me lo contaron, pero creo que cuando cualquier día la gente llegaba a casa de los Vizquel en la urbanización El Cafetal, la señora encargada de la limpieza abría la puerta y contestaba: “Aquí no hay nadie de la familia, todos están en el juego”, o “vayan al estadio pues ahí es donde están porque el niño Omar está en sus entrenamientos”. Pero uno podía ver desde la entrada que en una pared y a esa edad se había acabado el espacio para medallas, trofeos y una que otra foto del chiquillo. Omar debe haber tenido un estadio como primera escuela.

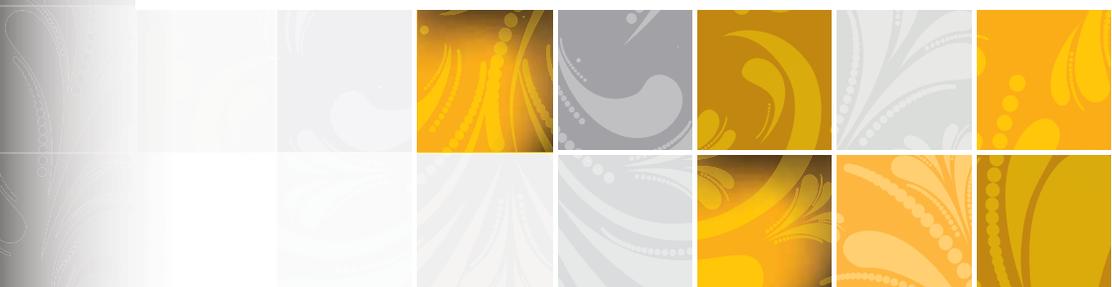
También uno se imagina que el niño Omar organizaba grupos de muchachitos para realizar una caimanera de pelotica de goma o de chapita en los recesos, cuando daba sus primeros pasos en la escuela donde logró el grado de primaria. A los diez años, pues, ya tenía el uniforme de Venezuela en su closet y fue por ese año cuando conoció al “Chico” Carrasquel. Quizá alguien en el Estadio Universitario le dijo: “Aquel que está allá es el ‘Chico’ Carrasquel, el mejor shortstop del mundo, como ese tienes que ser un día”. El niño, quien había sorprendido a propios y extraños, inclusive al mismo “Chico”, corrió y se le paró enfrente a Carrasquel.

Eso me lo contó el mismo Carrasquel en aquella tarde, acompañado por un café, junto a Édgar en un lugar cuyo nombre no logro recordar. Nos afirmó que había un grupo de niños que jugaban buena pelota. “Conocen el oficio y eso es importante, porque tienen la malicia para hacerlo y porque se nota que sus entrenadores hicieron buen trabajo”, recalcó el “Chico”.

Édgar, graduado en la extinta Escuela Nacional de Entrenadores Deportivos, por supuesto que tenía el diploma de técnico en béisbol. Se notó orgulloso cuando su padre ofreció esos conceptos. Recordó además el “Chico” que un muchachito se le paró enfrente y le dijo: “Oiga ¿es usted el “Chico” Carrasquel? Pues, vine a decirle que yo juego shortstop y que voy a ser mejor que usted”, lo retó. Esa misma historia se la contó Vizquel al periodista Antonio Castillo unos años después.

El propio Carrasquel se reía cuando nos contaba el relato con el chiquillo de 10 años. Por supuesto que uno va a esos juegos y toma en cuenta a todos los niños, pero no se aprende el nombre de todos. Es ahora cuando la historia recuerda esos primeros pasos que dio Vizquel en busca del estrellato. Carrasquel admitió en esa oportunidad que el niño emanaba algo especial.

“Tenía una seguridad en sus palabras que me dejaron tonto”, y observó cómo un grupo de representantes observaba de lejos la conversación entre el hombre leyenda y el chico que tenía un guante en su mano izquierda. El mismo que le acompañó por muchos años. “Emanaba seguridad, mucha seguridad”, nos dijo Carrasquel esa vez.



Inmortal en Venezuela

El 3 de octubre de 2012, Omar Enrique Vizquel González, quien nació el 24 de abril de 1967, en Caracas, se retiró del béisbol. Se convirtió en el último jugador de posición nacido en la década de los 60 y el último que debutó en la década de los 80.

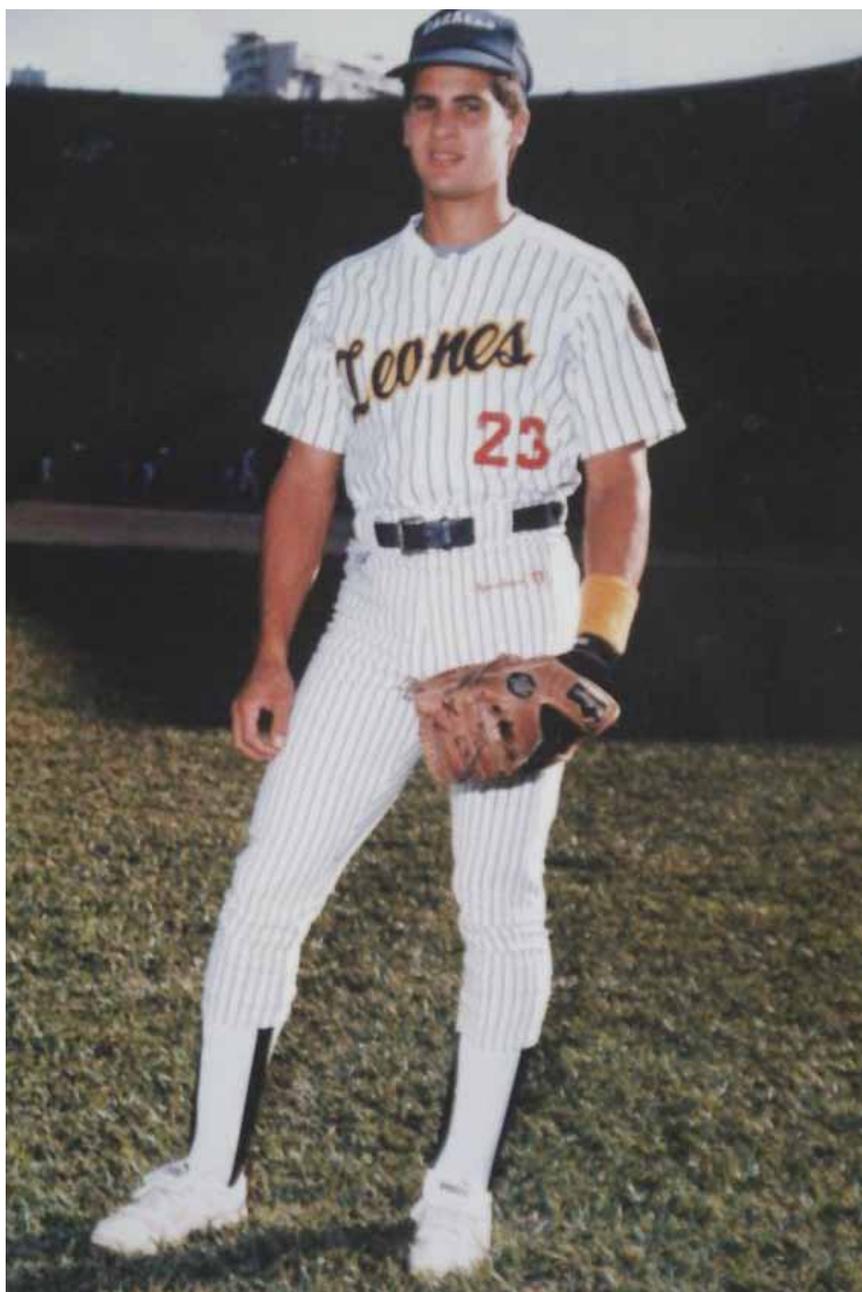
Jugó para Marineros de Seattle desde 1989 al 1993, para Indios de Cleveland desde 1994 al 2004, para Gigantes de San Francisco entre 2005 y el 2008, con Rangers de Texas en el 2009, para los Medias Blancas de Chicago en 2010 y 2011 y para los Azulejos de Toronto en 2012, cuando ya tenía 45 años encima. Acá, en el país, solamente vistió la camiseta de los Leones del Caracas, siempre con el número 23.

Los registros dicen que fue el mejor campocorto defensivo de todos los tiempos en las Grandes Ligas. En total su promedio de fildeo fue

de .985. Como su amigo, espero que sus logros hablen por él y no defenderlo. Eso escapa a mis manos, pues no tenemos el derecho a votar para escoger a los habitantes de Cooperstown, pero no estoy ciento por ciento seguro de su entrada al templo de los inmortales.

Ahora tenemos que esperar varios años, hasta el 2017 para saber si será exaltado al Salón de la Fama. Que si tiene o no méritos, eso es harina de un costal que no manejamos. Ni él tampoco. Pero pregunto, ¿verdad que sería extraordinario?

Lo cierto es que en Venezuela es inmortal en un salón muy inmenso, el del corazón de todos los fanáticos venezolanos, sea que apoyen al Caracas o al resto de los siete equipos que componen la Liga Venezolana de Beisbol Profesional.



Una pose para la historia del beisbol de Venezuela.

